

Verba

REVISTA MENSUAL

CIENCIA :: ARTE :: SOCIOLOGÍA

DELEGACIONES
EN TODA ESPAÑA
Y AMÉRICA

Redacción y Administración
Anselmo Cifuentes, 10

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un trimestre.. 3,00 Ptas.
Un semestre.. 5,50 —
Un año..... 10,00 —

SUMARIO

- Ernesto López-Parra..... *Versos.*
 Claudio Sánchez-Albornoz. *Estampas de la vida en León hace mil años.*
 Angel Dotor..... *La poetisa Rosario Sansores.*
 Margarita Nelken..... *El museo romántico de Madrid.*
 Rafael Heliodoro Valle..... *Prosas aztecas.*
 Scott Nearing..... *La situación del obrero americano.*
 Emilio Cornejo Caminero..... *La tragedia del terruño.*
 José de J. Núñez y Domínguez..... *La felicidad.*
 Andrés Sepúlveda..... *Caricatura de Cansinos Asséns.*
 REDACCIÓN..... *Vitualla nacionalista.*
 LIBROS.— J. Uría: *Estampas de la vida en León durante el siglo X,*
 por Claudio Sánchez-Albornoz.— Angel Dotor: *Enigma y símbolo,* por María
 Enriqueta.— *Literatura españolista.* "La Isla de Oro", por Mario Verdaguer.
 Dionisyos: *Ideario,* por Ricardo Mella.

MUSEOS

AUSENCIA

Tu recuerdo
—almohada de mi pena—
ya es de plumas mullidas
por las manos de humo de tu ausencia.

Tu recuerdo
—vaho sobre el cristal—
donde escribo tu nombre

—pavesa
de caricia en el aire
—Huella
de la última lágrima marchita.

Tu recuerdo
—venda
de luz sobre mi frente—
esta noche en mi lecho
bajo el latido de mis sienes, sueño.
Ya es tu recuerdo
como un hijo dormido de tu ausencia.

AMANECER

El árbol de la tarde
desgajaba sus ramas
en la llanura negra de la noche.
Te llamé. Estaba solo con el cielo.
Con el cielo tan cóncavo
como la tapa de un féretro.
Las sombras me cercaban
como hermanas de luto.
Te llamé. Tuve miedo
de sentirme en la tierra anochecida
tan triste y tan pequeño.
Tu apareciste trémula de llamas
en la ventana blanca de un lucero.
Yo pensé, sin embargo:—Si ahora viene,
nada podía, ¡tan lejos!
Cerré los ojos. Mi corazón estaba
iluminado.

El alma iba
amaneciendo.

IMAGEN ILUMINADA

Estaba soñando... Vienes...
Sonríes. Te siento cerca.
Me acaricias. No despierto.
Me llamas. Callo. Me besas.
Estaba soñando. Pasas
tu manita marfileña
por mi frente. Yo te siento
sin despertar. Me contemplas
un instante. Ahora tus ojos
deben ser llamas... ¡Me quemas!
Pero sueño—¿te sueño?—
y tu me miras—¿me sueñas?—
La ventana debe estar
al sol de la tarde abierta
porque hay un oro en mi sueño
de divinas transparencias.
Vuelves a besarme. Dices
vagas palabras que llegan
a mi corazón confusas
como una lluvia de perlas.
Hueles a jardín. La estancia
de tus aromas se llena.
Quiero despertar... ¡No quiero!
¡No quieres...! Mi sueño lleva
tranquilo curso de río
por una tierra serena
y tú vas nadando en él
caída, ¡como una estrella!

CANCIONES DE SOLEDAD

I

Hay un caminito blanco
—el que tú y yo descubrimos—
por el que nadie ha pasado.
Yo no sabré decir nunca
la pena que estoy llorando.
Camino que nadie cruza
—por los olivares viejos—
Hay una estrella en la sombra
que acariciaron tus dedos.

Lunita en el río bajo
a la orilla solitaria
bajo las ramas de un álamo.
Solo con mis soledades—
campo en la noche a la luna
y viento en los olivares.
Que nadie llega a lo lejos
aunque lo anuncie una copla
y sea más fuerte el viento.
Ahora estoy lejos y cerca,
—¡como nunca! —cerca y lejos.
(Lo pensaremos los dos
y yo lo diré primero.)
De odio y amor estoy loco;
pero el amor está lejos
¡y me da miedo del odio!
Noche sola.
Lo que yo quiero decir
lo está diciendo una copla.
Lo mejor es ver pasar
el río, en la noche clara,
por campos de soledad.

II

Se me pasó aquel verano
sin ver una luna llena
sobre las eras del campo.
Tal vez me estuvo esperando
alguna noche la luna
junto al río solitario.
Quizás la acacia, a la orilla,
las rosas del puente, acaso...
¡Y yo vertiendo en la cárcel
del recuerdo, hilos de llanto!
En una lágrima sola,
se me pasó aquel verano.
(Noches, caminos, estrellas,
ríos, bajo álamos viejos,
canción de trilla en las eras,
rumor de carros que vuelven
a lo largo de las sendas
olor a rosas y a jaras
...¡se fué sin que yo lo viera!)
Se me pasó aquel verano
sin recordarte una noche
en el silencio del campo.

Ernesto López-Parra

ESTAMPAS DE LA VIDA EN LEÓN

HACE MIL AÑOS

Recientemente se ha celebrado el ingreso del catedrático don Claudio Sánchez Albornoz en la Real Academia de la Historia, premiando tan alta institución, al elegirle miembro de su seno, los prestigios y grande autoridad que le filian en el vasto horizonte de la interpretación y erudición histórica.

Como nota de ritual, el ilustre historiador ofreció varias reconstrucciones del vivir leonés en el último milenio, de las cuales se han ocupado como cosa excepcional las hojas de existencia diaria, bien comentándolas, o insertándolas fragmentariamente.

Para holgamiento e instrucción de nuestros lectores, reproducimos íntegramente una de ellas previa venia y contentamiento de su autor, a quien desde este lugar y con motivo de tan fausta oportunidad y fecha, le enviamos el calor de nuestra simpatía y devoción.

EL MERCADO

Por una ancha calzada, cuyo pavimento de pequeños guijarros muestra en sus baches, descarnados y destrozados, el descuido de los hombres, caminan, seguidos de sus gentes, dos magnates. Es una mañana tibia de octubre. El aire tiene esa maravillosa transparencia que adquiere en la otoñada cuando las lluvias han posado ya el polvo del estío. Señores y vasallos cruzan el páramo leonés. A derecha e izquierda del camino se extiende la llanura suavemente ondulada. A su vista se ofrecen rastrojos que aún amarillean, barbechos que esperan la semilla, praderas, campos de lino, frondosas viñas que no brindan ya negros racimos entre sus verdes pámpanos, grandes choperas en las orillas de los ríos, y al norte, al fondo del paisaje, la silueta oscura de los montes lejanos.

La luz de la mañana permite divisar a la izquierda de la calzada que siguen los jinetes algunas miserables aldeas, cuyas casas de adobes, cubiertas de ramaje y de barro ya seco, apenas se destacan del suelo. Junto al camino un grupo de labriegos derrama la simiente en varias heredades vecinas, mientras otros rústicos con sendas parejas de bueyes hunden la reja en el barbecho y cubren el grano con los nuevos surcos. Son *juniores* o tributarios de Santa María, que prestan ser-

nas, las obligadas jornadas de trabajo que en la sementera han de realizar en las tierras, cuyos productos íntegros reserva para sus *cellarios* o graneros la iglesia de León.

Los desconocidos caballeros caminan en dos hermosos potros, uno castaño y otro bayo. Al cruzar el Porma los alcanzan unos mercaderes judíos que traen en sus recuas ricas preseas eclesiásticas de Bizancio, sedas, tapices y brocados del oriente islamita o de la España musulmana y otros varios productos adquiridos a bizantinos y a andaluces. Han traficado con éxito en Castilla. Doña Abanera del conde Don Fernando, les ha comprado unas *almuzallas* o cobertores, varios paños, dos dalmáticas, una casulla y dos frontales *greciscos*. Han vendido más tarde algunas piezas *spaniscas* o hispanoárabes en Sahagún y van a León después de haber intentado comerciar con las comunidades, aún pobres, de San Miguel de Escalada y de San Pedro de Esloeza.

Es cuarta feria, día de Mercurio, como decían los romanos, y caminan de prisa para llegar al mercado en buena hora. Acomodan los hebreos la marcha de sus cabalgaduras al paso de los caballos que montan los magnates, y platicando mercaderes y jinetes—son todos latinos—, se acercan a León. Dos cosas han sorprendido a los judíos en su viaje. Las manos del conde Don García y la iglesia de San Miguel. Nunca habían visto manos de varón más blancas ni más bellas. Conocían Córdoba, Toledo, España entera, y, sin embargo, vienen impresionados por la sencillez y armonía de líneas de la iglesia de Escalada. Tienen grabado en la memoria el extraño recuerdo de las finas manos de Don García y viva todavía en la retina la imagen del templo consagrado al Arcángel en el repecho de aquel cerro pelado que ve correr a sus pies el anchuroso Esla.

El dialogar ameno acorta los caminos. Han cruzado ya el Torío, por un viejo puente y adelantado a varios labriegos del alfoz que, montados en las ancas de sus asnos, llevan en sus cuévanos o cestos nabos, ajos, cebollas y castañas, y a varios campesinos de *Macellarios*, que también caballeros en pollinos traen a León carne, sebo y cecina. Una lenta carreta de bueyes cargada de ma-

dera queda, como los labriegos, rezagada y llegan al mercado. Apiñada muchedumbre de gentes se estruja, grita, discute, gesticula. Los colores vivos de las túnicas o sayas de las mujeres, y de los jubones, sayos y mantos de los hombres destacan sobre el fondo gris oscuro de los lienzos de muralla que empieza a dorar el sol del mediodía. Se oyen voces humanas, sonar de esquilas, mujidos y relinchos. Los judíos avanzan como pueden por medio de aquella masa en que se funden hombres, bestias y mercaderías. Las gentes armadas que acompañan a los dos caballeros se desvían hacia saliente para entrar en León por la puerta del Obispo, y sólo queda junto a ellos un siervo que con treinta vacas, un toro y dos perros les cambiaron Froila y su mujer por unas tierras.

Los próceres cuyas huellas seguimos se detienen en el teso de los ganados. Dos leoneses comen grandes rebanadas de pan y refrescan la garganta empinando una bota llena de vino rascante del país. Celebran el alboroque con que acaban de cerrar su trato. El que con rostro más alegre moja con el vino su gáznate ha vendido al otro una yunta de novillos. Son dos hermosos animales: uno berrendo y otro blanco; pero ha recibido por ellos veinte sueldos y está satisfecho de su venta. Un su compadre ha vendido tres bueyes óptimos en doce sueldos, y a lo sumo por dos bueyes, con su *atondo* y su carro, se han pagado en el mercado último quince sueldos romanos. Supera incluso el precio conseguido por cada uno de sus novillos al de seis sueldos en que se ha mercado un buey negro, orgullo de su dueño. Se explica el regocijo del afortunado vendedor que obsequia con su bota a los testigos de su éxito.

Junto al grupo que come, bebe y ríe se vende una vaca preñada en doce sueldos; un campesino pide cuatro por un asno gigante; un aldeano ofrece ocho denarios por un cerdo cebado; se compran cien ovejas en cien sueldos, una cabra en un medio de trigo, y se tantean potros, mulas, yeguas y pollinos. Los dos jinetes misteriosos vuelven a detener sus pasos ante un corro que presencia interesado el regateo de un feo potro de color morcillo. El comprador es un villano de Castrojeriz venido a León a liquidar la herencia de una tía. Ha vendido una herren, un linar y su parte en unos molinos del Torío, y es tal su impaciencia por convertirse en caballero que no espera a volver a su tierra para comprar caballo. Ha obtenido unos sesenta sueldos por esos bienes, divisa o partija que le había tocado al repartir con sus hermanos la herencia refferida. La cifra de los sesenta sueldos es reducida. No le permite adquirir un buen caballo, que se cotiza a muy altos precios en todos los mercados del reino de León. El caballo es indispensable para la nueva guerra y alcanza un valor elevadísimo en proporción al conseguido por las demás especies

de animales. Después de la batalla de Simancas, en que perecieron tantos brutos y jugaron tan decisivo papel los jinetes cristianos, los reyes distinguen con marcada preferencia a los caballeros, la demanda de cabalgaduras ha crecido y es aún más difícil adquirir una de ellas. Un gallego unido al grupo que presencia el trato refiere en este punto que ha visto en su tierra cambiar por ocho y por seis bueyes un caballo castaño y otro bayo como los que montan los dos incógnitos jinetes. No aceptarían ellos un cambio semejante. Exigirían de diez a veinte bueyes, o un centenar de sueldos, a lo menos, y en León vale un caballo de cuarenta a sesenta, es decir, de cuarenta a sesenta ovejas, de seis a doce bueyes como mínimo. El aspirante a caballero ha apalabrado ya una silla gallega de altos borrenes en diez sueldos; pero no puede emplear los cincuenta restantes en mercar el caballo porque necesita adquirir el *atondo* propio de todo *caballarius* y ha de comprar aún cabezada, pretal, riendas, freno y ataharre, para completar los arreos de la cabalgadura, y escudo, espada y lanza para su personal equipo. Ha encontrado un potro morcillo, huesudo y con mal pelo, por el que su dueño le pide treinta sueldos. No le satisface la estampa de la bestia; pero con la esperanza de engordarla y forzado por lo exiguo de su caudal discute de modo peregrino con el dueño del potro para alcanzarlo más barato. El trato dura; el corro de curiosos crece en derredor de los tratantes; el vendedor, a quien urge la venta, pues la ruindad del potro es imagen de la pobreza de su dueño, cede al cabo y el nuevo caballero da veinte sueldos galicanos o francos por el potro.

Más allá los dos desconocidos ven pagar cien sueldos por un mulo a un siervo del obispo, quince por una yegua vieja a un infanzón del conde que gobierna Luna, y sorprendidos admiran un caballo bayo de la alzada, estampa y pelo de uno de los dos suyos, por el que entregan también hasta cien sueldos. Se apean de las cabalgaduras, las coge de las bridas el siervo que les sigue, abandonan el teso del ganado y se dirigen al Arco del Rey o de Palacio para entrar por él en la ciudad.

No es empresa fácil abrirse paso por medio del mercado. Como las gentes de León han de proveerse en él de semana en semana de todo lo preciso para el vivir diario, y aún de lo superfluo, que como indispensable les reclama también el regalo y adorno de su persona y casa, la ciudad se ha vaciado todo en la esplanada situada, mirando al mediodía, fuera de las murallas. Hay ya algunas tiendas dentro de la cerca que ciñe la agrupación urbana; pero unas se han abierto para remedio de los más pobres, cuya penuria no les permite hacer acopio un día a la semana de lo más necesario, y otras han surgido al calor del lujo para ofrecer a los ricos que viven o vienen a León, pan tierno,

bocados exquisitos, carnes frescas, joyas y bellos paños. Ni aquéllas por lo mísero, ni éstas por lo escogido de los productos en que trafican, bastan al aprovisionamiento de la ciudad. El número de todas es, además, pequeño; no llegan tal vez al de los cuatro Evangelistas, y el vecindario acude todas las cuartas ferias al mercado a vender y a comprar, que pocos dejan de ser a la vez mercaderes y consumidores. Unos venden las galochas, abarcas y zapatones que han fabricado durante la semana. para comprar nabos, sebo, pan, vino, una pierna de carnero, cecina de vaca o de castrón y, si los hay, algunos lomos, y otros el trigo o el vino que les sobra, cabezas de ganado menor, lino, legumbres o alguna res envejecida en el trabajo o desgraciada en accidente fortuito, para mercar rejas de arado, espadas y monturas o adquirir sayas, mudas de mesa, tapetes y plumacios.

A vender y a comprar acuden al mercado también los aldeanos del alfoz y aún los ricos propietarios laicos y los numerosos monasterios de la campiña leonesa. Lo reducido y lo disperso de sus grandes dominios, por lo general grandes tan sólo en parangón con las pequeñas parcelas que poseen los más de los labriegos, les impide vivir de sus propios recursos y los fuerza a enviar sus mayordomos o *villicos* a León las cuartas ferias. Ni aun los más poderosos pueden bastarse a sí mismos económicamente. Necesitan vender los sobrantes de sus cosechas o de sus ganados para adquirir enseres de labor o de casa, prendas de lujo, armas, arreos de caballo o productos alimenticios de comarcas extrañas. Se mueven, por tanto, sin remedio dentro de la órbita comercial de la ciudad vecina, y con frecuencia de una parte sus bolsas bien repletas y de otra sus gentes, sus ganados o sus carros cargados de cereales, legumbres u hortalizas, contribuyen a hacer del mercado leonés centro de contratación importantísimo, por el que no se puede marchar sin embarazo.

Al dejar atrás el teso del ganado cruzan primero nuestros incógnitos amigos por entre algunos labriegos y varios mayordomos de ciertas iglesias y magnates que al socaire de sus asnos o al pie de sus carretas venden en sacos cebada, centeno, trigo y mijo. Cuando pasan por frente a los criados del monasterio de *Abeliare* ven medir a una pánadera de León varios modios de trigo a sueldo el modio. No les sorprende el precio. De antiguo es el modio de trigo, como también la oveja, valor equivalente al sueldo, y cien veces han visto pagar en modios o en ovejas tierras, ganados o mercaderías ajustados en sueldos.

Más allá atraviesan entre los hortelanos de la ciudad y del alfoz. Para gozar de sombra—el sol calienta hoy después de haber estado oculto entre nubes varios días—los hortelanos han armado sus miserables toldos. Han clavado en el suelo gruesos

troncos, cruzado dos ramas por los dos agujeros abiertos en los palos unos dedos antes de su remate superior y tendido sobre las dos varas aspasdas un sucio pedazo de lienzo moreno. Bajo estos tenderetes en grandes banastas hechas con delgadas tiras de castaño, haya o suace, o en cestos, cuévanos, carguillas o talegas de mimbre, ofrecen manzanas, ajos, cebollas, uvas, higos, peras, castañas, nueces y otras mil frutas y hortalizas diversas. Empiezan ya a venderse también nabos tempranos, alimento fundamental en todos los yantares leoneses y de los que hacen, por tanto, gran acopio las mujerucas de León, vestidas de ordinario con sayas bermejas y amarillas. Un hombre al servicio de los canónigos de Santa María, elige ahora en uno de los puestos referidos los mejores higos que ha logrado encontrar en el mercado. No son para la mesa del capítulo, sino para la del monarca, que mientras el soberano habita en la ciudad han de proveer de higos y de postre los capitulares de León.

El sayón viene recaudando las *maquillas* del rey, los derechos que pertenecen al monarca, impuesto que pagan cuantos llevan algo a vender al mercado de León las cuartas ferias. Por cada carreta de nabos exige tres denarios, uno por la carga de cada pollino y un puñado de nabos a los labriegos que vienen a pie con las alforjas llenas. De cada carro de ajos o cebollas toma veinte ristras de ocho cabezas, diez ristras por la carga de un asno y cinco por la de un peón, y en proporción análoga cobra *maquillas* de las castañas, peras, nueces y demás productos que se venden en aquella zona del mercado.

Desde allí se encaminan hacia poniente, donde se agrupan pellejos de vino de Toro y de aceite de Zamora, traídos de las márgenes del Duero por recuas leonesas; varios sacos de sal, venidos a lomos de pollinos desde las salinas de Castilla; ramas de urce para encender el fuego, sebo, cestos con gallinas y palomas, cera, miel, pimienta, grandes patos, queso, *sícera*, es decir, sidra del país o de Asturias y numerosas grullas que crían para el mercado de León las gentes de una aldea vecina, de *Grullarios*. El sayón cobra una emina por cada carro de sal, un sueldo y una hoya de vino por cada carreta de pellejos o cubas, quince cuartillos a los vinateros por la carga de cada asno, y así de la cera, grullas, gallinas y palomas. Los pellejos de aceite están ya desinflados. No viene aceite a León todas las cuartas ferias, sino de tarde en tarde y el día que aparecen con él las recuas de Zamora, en las primeras horas del mercado se lo disputan los siervos de cocina del obispo, del conde, de palacio y de algunos magnates. La disputa se explica; no es siempre fácil proveerse de manteca en cantidad bastante, es insufrible el sabor del sebo en las comidas y da mejor gusto en ellas el aceite de olivas que el de linaza, de uso muy general, proce-

dente del Orbigo, y que el de nueces, fabricado en el país o traído de Asturias, pero también difícil de encontrar y de adquirir. Hoy se han terminado los pellejos venidos de Zamora más temprano que nunca porque unos hombres del monasterio de Escalada han acudido de mañana al mercado y adquirido cuanto aceite han podido cargar en sus carretas. Mozárabes aún algunos monjes de aquel claustro y acostumbrados al aceite andaluz o toledano, por todos los medios a su alcance pesquisan el rico producto de aquellas luminosas campiñas que les vieron nacer.

Resguardados por toldos parecidos a los usados por los hortelanos, venden hacia saliente del mercado los industriales de León y su alfoz diversos utensillos de uso diario en las casas de los artesanos y de los labradores, de la ciudad y de las aldeas. Sentadas detrás de sus cántaros, hoyas, pucheros, barreños y cazuelas de barro rojo vidriado en su interior, unas mujeres de Nava de Hoyeros, cejijuntas, de pómulos salientes, pelo entrecano y tez morena, esperan comprador a sus cacharros. A su lado otras mujerucas de *Tornarios* venden zapicos o jarros y platos, fuentes, dornas y herradas de madera. Junto a ellas unos mozos, de manos ennegrecidas y de rostros ahumados, ofrecen instrumentos de hierro, latón, acero y cobre. Sobre mantas raídas tienen hachas, hoces, azadas, azuelas, candados, cuchillos y tenazas; amontonadas junto a las mantas varias rejas de arado, y delante largas filas de trébedes, morteros, sartenes, calderos y cuencos, entre los que figuran algunos de latón. Un siervo de cocina del obispo, que ha comprado entero un pellejo de aceite, elige en este instante unas enormes trébedes y un rústico de Trobajos trata de convencer a Domingo, el herrero, de que gana al cambiarle por una carga de nabos y de trigo un caldero, un hacha, un cuchillo y una reja.

Inmediatos a los puestos de hoyeros y torneos varios aldeanos de *Saliamé* (Sejambre) ofrecen trillos, carros, bieldos, manales para majar el trigo y forcados o carretas sin ruedas; y junto a ellos algunos artesanos de *Rotarios* las típicas ruedas leonesas que fabrican sin radios, con trozos de madera ensamblada, y que venden sueltas o emparejadas por un eje. Un hombre de Behetría, que habita junto a San Félix del Torío, entrega en este punto tres sueldos galicanos o francos por una carreta de madera de sólida y fuerte construcción. El vendedor elogia al mercader la calidad de la mercadería y le garantiza que ha de advertir las excelencias de su carro al escuchar el chirrido armonioso que su rodar produce.

Más allá varios arrieros del concejo de *Arbolio* ajustan unas botas para vino, tantean cueros de buey y de caballo y regatean unos *folles cabrunos* o pellejos de cabra que necesitan para reno-

var los desgastados en los frecuentes viajes de su recuas. A dos pasos unos labriegos de *Toletanos* miran, remiran, palpan y vuelven a palpar varias tiras anchas de cuero que llamamos tórdigas, unos sobeios, es decir, correas para atar el yugo a la lanza del carro; varias melenas para adornar la testuz de los bueyes y algunas sogas, coyundas y cebestros que penden, con sobeios, tórdigas y melenas, de un palo horizontal colocado sobre dos verticales clavados en el suelo. Son los puestos de los talabarteros, que ofrecen asimismo bridas, sillas y albardas. Allí encontramos otra vez al nuevo y como tal hinchado y gozoso caballero del potro morcillo, que está pagando en este punto y hora y en dinero *pondere pensato*, los diez sueldos de la silla adquirida y otros varios por diversos arcos de su cabalgadura. El talabartero, a presencia de todos, prepara una pequeña balanza que le presta uno de los *zabazoques* o inspectores del mercado, allí presente, y se dispone a pesar los sueldos romanos, galicanos y moriscos y los demás pedazos de plata que, mezclados, entrega por la silla, el petral, la cincha y unas bridas el caballero recién improvisado. Circulan por León monedas de los pueblos con que comercia el reino: musulmanas y francas; y a la par las viejas piezas romanas que alza el arado de la tierra a cada paso. Mas no bastan los sueldos galicanos, los dirhemes de Córdoba, ni los viejos denarios, y aunque con frecuencia se acude al trueque directo de objetos por objetos, como no es éste siempre suficiente y los reyes leoneses no acuñan numerario, fuerza es admitir en los pagos toda pieza de plata y pesar la moneda para igualar de algún modo los diversos instrumentos de cambio.

Abarcas y zapatones en hilera esperan comprador en el puesto de al lado; más allá pieles de conejo, cordero, ardilla y comadreja, penden de sogas sujetas en dos álamos blancos, y enfrente, echado sobre arcones, tendido sobre lienzo en el suelo o colgados también de varias sogas atadas a otros árboles, se ofrecen a la venta sayas, *plumácios* o colchones; *galnapes*, es decir, mantas o cobertores, mantos, paños, camisas y tapetes de cama. Tres, cuatro, cinco, seis, siete y hasta ocho sueldos se pagan por varias pellicas de conejo, comadreja o cordero; tres por un tapete; ocho por dos *galnapes* o cobertores, cinco por un manto azul, tres modios de trigo por un largo sayal, treinta por una rica saya carmesí y quince sueldos por una saya bermeja, de lana, *saya de habí*, como dicen los vendedores de abolengo mozárabe, que aún emplean bocablos aprendidos en tierras de Toledo.

Los compradores, infanzones, clérigos, caballeros o labriegos de la ciudad y del alfoz traducen en seguida en ovejas o en bueyes los precios mencionados. Para ellos una piel vale de cinco a doce

obejas; un *galnape*, *quenabe* o cobertor, de cuatro a treinta, y una saya, de tres a siete bueyes. El valor de las telas es, pues, considerable en parangón con las diversas especies de ganados y como consecuencia las transacciones son escasas en aquellos puestos de mantos, tapetes y plumacios. Las gentes hilan y tejen de ordinario en sus casas para satisfacer con más o menos gusto la necesidad apremiante de vestirse, y sólo cuando ésta les fuerza a adquirir piezas que no es posible elaborar en los hogares o les incita el lujo acuden a las tiendas de intra muros o al mercado y vacían sus bolsas en manos de tejedores o *alvendarios* nacidos en León o acogidos a ella en busca de libertad y de trabajo.

También cobra maquilas el sayón en esta zona del mercado. Están exentas de derechos las tórdigas, los zapatones y las abarcas, que en reducido número se venden o se cambian por gentes que no son del oficio; pero los artesanos pechan en general por todos los productos que llevan a vender las cuartas ferias. Una reja por carga y una meaja por cada dos rejas han de pagar los vendedores de objetos de hierro, unas abarcas al mes los abarqueros y en forma parecida tributan las mujerucas de los cacharros, los albarderos, boteros curtidores de pieles y alvendarios o tejedores.

Los magnates a quienes seguimos al principio después de haberse detenido ante diversos grupos, correspondido a mil saludos y tanteado unas recias espadas de acero bien templado, llegan ahora a dos pasos del arco abierto en uno de los lienzos de la vieja muralla y se disponen a penetrar por él en la ciudad. Mas antes de que hayan logrado su propósito les detiene en su marcha un tumulto lejano, cuyo rumor parece llegar hasta ellos del teso del ganado. En un abrir y cerrar de ojos quedan solitarios en sus puestos tiraceros, curtidores, tejedores y talabarteros. La multitud corre curiosa hacia el lugar de la disputa. La siguen nuestros dos caballeros y en un vuelo se encuentran transportados al borde de aquella faja del mercado donde hemos visto vender mulos, potros y bueyes. Muchedumbre de gentes se agrupa en medio de unos prados donde comen y beben tumbados en la hierba varios arrieros y algunos campesinos que han vendido ya el vino o el aceite, la cebada o el trigo que trajeron sus recuas o sus carros. Se alzan del suelo al escuchar las voces, mas temiendo un espanto del ganado, no se unen a la curiosa multitud por no desamparar en el tumulto los asnos y los bueyes que pastan junto a ellos y por no exponer a un posible peligro las pequeñas, despaciosas y chirrientas carretas que yacen como tristes abandonadas de sus yuntas.

Cuando los viajeros logran abrirse paso hasta el centro del grupo que pregunta, discute, escucha y contradice, encuentran a los zabazoques y al sa-

yón oyendo a un hombre que empuña en su diestra una espada desnuda, mientras sujeta con la izquierda las bridas de una yegua. Un viejo judío leonés tiene también fuerte y nerviosamente asida con su huesuda mano la cabezada de la cabalgadura. El hombre de la espada, infanzón del conde de Luna, a quien vimos ha poco mercar su yegua en quince sueldos, dice que, contra la costumbre y las órdenes del rey, el judío y su gente habían intentado apoderarse de su bestia, y encendido su cólera hasta el punto de haberse visto forzado a amenazarlos con su espada. El hebreo, sin soltar su presa, traza con palabras que quieren mover a compasión, un largo, hipócrita y divertido relato de sus cuitas. El infanzón es flaco de memoria. Ha olvidado los favores que le dispensó en uno de los postreros años malos que había sufrido la ciudad, cuando remedió sus hambres y miserias con un cuantioso préstamo o *renovo*. Ha llenado su bolsa al servicio del señor de Luna, compra cabalgaduras en el teso, gasta y triunfa, y trata, sin embargo, de burlarlo una vez más. Pero ésta no se escapa; le ha prendado su yegua para obligarlo a comparecer con él a juicio, y pide a todos ayuda para obtener justicia. El sayón le pregunta cómo no ha esperado a otra ocasión y se ha atrevido a prender a su deudor en el mercado, y el hebreo responde con asombro fingido que no le ha prendado en el mercado, sino al borde, fuera del mismo, donde el rey autoriza a tomar prendas de fiadores y deudores. No convencen al sayón las argucias del judío y le pide sesenta sueldos por su desobediencia a los decretos reales que prohíben prender en día, sitio y hora como éstos, y otros sesenta al infanzón por haber desnudado su espada y quebrantado así la *paz del rey*, que es la paz del mercado.

Replican varias veces el deudor y el hebreo; la opinión se divide en el grupo; desinteresados del asunto, nuestros desconocidos se separan, aunque no sin trabajo, de la masa humana apiñada en torno a la yegua vieja de los quince sueldos, y platicando sobre las sutilezas del judío entran en la ciudad por el *Archo de Rege*. Siguen la carrera en que se hallan las cortes de doña Eldoara y del diácono Miguel, el palacio del príncipe, y el recién construido monasterio del Salvador; avanzan por el carral estrecho y tortuoso donde habitan Paterno y su mujer Galaza; llegan al cabo al ángulo que forma esta carrera con la que une la puerta del obispo y la Cauriense, y penetran por último en la corte de Adosinda y don Arias, que éste era el nombre del incógnito jinete del caballo castaño. Su compañero, de edad más respetable—don Arias es muy mozo—se llama Asur Fernández, es conde de Monzón y viene a la ciudad a distraer sus ocios otoñales y a holgarse en el bullicio cortesano.

CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ.

LA POETISA ROSARIO SANSOIRES

SEMBLANZA

Adolescencia plena de ensueños y de ricas visiones la de esta insigne cantora, ungi-da por el hada Harmonía. Mérida, la capital del Yucatán, que fundara en 1.542 el con-quistador español Francisco de Montijo, es el marco cabe el cual hemos de colocar, ima-ginativamente, la delicada y bellísima silue-ta de la joven mexicana, destinada a ocupar, más tarde, tan altísimo puesto en el Parnaso de la lengua de Castilla. Allí, en donde abrie-ra los ojos a la luz, vivió una existencia de felicidad y abundancia, pudiendo aquéllos, que siguen siendo tan hermosos, deleitarse con la exultante paganía de la naturaleza tropical. Su temperamento se moldeaba pa-rra el pronto despertar de la ideación fecun-da, para la consciencia sentimental de lo bello, lo bueno y lo verdadero—suprema tríade de las humanas ambiciones, que alien-ta toda la obra de la poetisa—que a no tar-dar había de prodigar con entusiasmo y op-timismo en sus libros admirables.

Pero mejor que las anteriores líneas nos darán su semblanza los catorce versos del so-neto en que la propia escritora la ha trazado:

SEMBLANZA

Esta que veis aquí de rostro grave,
cabellos cortos y expresión inquieta,
por obra del azar nació poeta
y libre canta como canta el ave.

Gusto en la tarde misteriosa y suave,
mientras desfilan en tropel las horas,
dejar que mis pupilas soñadoras
de la blanca ilusión sigan la nave...

Ábsorta vivo con mi ensueño a solas.

A veces como vivas amapolas
florecen en mi instinto los capullos;

y es cuando al beso de mi Musa ardiente,
comienzan a bullir bajo mi frente
locos versos de amor hechos arrullos.

VIDA

Pero Rosario Sansores y Pren vése arras-trada, de súbito, por una de esas procelas imprevistas, acaso más terribles por lo in-sospechadas, y la resaca trasplanta esta grácil flor del jardín azteca, cuando aún no tenía veinte años, a otro país no menos deli-cioso: Cuba. Radicada en La Habana, inicia, al poco tiempo, su carrera literaria, su labor fecunda. La aparición de su primer libro, «Del país del ensueño», en el que la poetisa recopiló los versos de sus primeros años ju-veniles, fué ya una revelación magnífica del significado que en el renacimiento de la poe-sía de México—el país que alumbró otrora a

Juana Inés de la Cruz y a Josefa Murillo—te-nía esta portaira, de la que había que espe-rar obras realmente transcendentales, desti-nadas a perdurar, a poco que pasaran los años.

Hay un paréntesis de dos lustros, en el cual la insigne escritora no da libro nuevo alguno, ni publica, a penas, sus estrofas en periódicos o revistas. Empero, su musa no descansa: asiste constantemente a la fiesta del concebir. La mujer no está inactiva: vive intensamente, sufre, ama y trabaja. Y al mis-mo tiempo que, silenciosamente, recomienza a trazar sus estrofas y obtiene el afianzamiento de su pie, que hacía incursiones por des-conocidos rincones de la forma y el leimoti-vo poéticos, vastos y tentadores cual los jar-dines de Armida, cumple con el tradicional proverbio árabe—tan humano—de ser útil a la Sociedad teniendo hijos, escribiendo li-bros y plantando, siquiera, un árbol.

En 1921 dió a la estampa el admirable li-bro «Las horas pasan», que es en donde nos enfrentamos ya con todo un gran tempera-mento de poeta poseedor de rico caudal en su vena creadora, que hace hasta su profes-ión de fe lírica con las enjundiosas palabras que preceden, como prólogo, a la riquísima colección de gemas poéticas. «Las horas pa-san» bastaría de por sí para dar celebridad a un escritor, en cualquier país y época.

En progresión creciente sus entusiasmos y su laboriosidad, he aquí que al poco tiem-po publica su otro gran libro de poemas: «Mientras se va la vida», que es en donde encontramos la plenitud de facultades de la autora. Esta obra quiso, la genial artista que apareciera en su país natal, México, y edi-tado por una importante casa de allá, la de los señores Herrero Hermanos, de la capital azteca. Con ella ha conseguido numerosos ditirambos de la crítica americana, que ha proclamado su alto valor artístico.

En la actualidad, Rosario Sansores tra-baja intensamente. Prepara otro volumen de poemas, que se titulará «Nuestra Señora de la Inquietud», y otros dos de prosa: «Episto-lario sentimental» y «Cuentecillos frívolos». Los devotos de cuanto escribe esta ilustre poetisa, esperamos con ansiedad la aparición del primero, que sabemos ha de mostrarnos nuevas facetas del prisma de su arte, máxi-me al irlo troquelando «lentamente, hasta que tenga 150 composiciones»—según nos di-jo la autora, en carta reciente. Además, de-dica atención a la labor que se difunde en la revista. La gran publicación habanera

«Bohemia» publica asiduamente sus bellas poesías y sus amenos y pulcros cuentos.

ESTÉTICA

Con María Enriqueta, su insigne coterránea, y María Monvel, la chilena insigne, Rosario Sansores es, en nuestro sentir, la más insigne escritora, la mejor poetisa de América. En estos días, precisamente, en que hemos escrito más de un artículo sobre la primera, con ocasión de haber publicado, casi simultáneamente, sus dos últimas novelas, hubimos de proclamar en estas mismas columnas cómo estimamos nosotros el valor literario de la actual literatura femenina americana. María Enriqueta y Rosario Sansores son las grandes escritoras de aquel continente cuya labor da, en todo momento, la genuina nota de feminidad de que carece toda la de las demás. A veces, María Monvel—la insigne esposa del gran crítico e hispanista chileno Armando Donoso—nos ofrece análoga nota en su diapason lírico, pero no con la constancia de las dos cantoras mexicanas. No pretendemos regar, ni mucho menos, la significación relevante de las otras figuras americanas: Gabriela Mistral, Juana de Ibarbourou, Delmira Agustini, Alfonsina Storni y María Eugenia Vaz Ferreira—por no citar sino a los más altos exponentes femeninos americanos generalmente conocidos—; pero sí afirmamos rotundamente que el valor literario está en el reflejo de la propia subjetividad, subordinada a la condición y hasta a la época de quien lo crea; en «la sinceridad de lo vivido, que es la gran belleza de toda obra humana»—según expresión de la propia Sansores. En este sentido, ya sabemos cuán difieren los versos de las demás escritoras americanas citadas, de la ideología femenina, de la naturaleza resignada, de la serenidad espiritual inherentes al temperamento de la mujer.

Releyendo los poemas de Rosario Sansores viene a nuestras mentes aquel párrafo con que Pérez de Ayala proclama el triunfo de la síntesis en los medios de expresión del Arte, y del subjetivismo en la inspiración, cuando dice: «El estilo es el hombre... y algo más, a saber: la raza o tradición, y la época o alma del tiempo. Sin la conjunción substantivada de estos tres factores no hay estilo que valga... Recíprocamente, el hombre es el estilo... y algo más, a saber: su ideología y su emotividad. Sin la consubstantivada conjunción de estos tres factores no hay escritor que valga... El verdadero escritor, en cualquiera de sus obras, presenta, con su estilo, su identificación».

En pocos escritores contemporáneos podremos apreciar tan patente como en Rosario Sansores esa necesaria coordinación de los elementos de emoción y objetivismo que

hay en todas sus composiciones. Realmente, esta insigne poetisa inicia una corriente nueva en las letras de América—en las letras femeninas—corriente de emancipación espiritual, de serenas y dulces inquietudes, no de tormentos alambicados y de patetismos estériles. «Detesto la poesía que llora como la poesía que ruje; tan indelicada me parece la una como la otra, para vivir en esta edad algo benaventiana, donde las mayores tragedias se resuelven bajo la más amable ironía». He aquí condensada, en estas palabras de la poetisa, gran parte de su ideología. Y prosigue: «En esta edad descreída y burlesca, los tonos fuertes son de mal ver. Hoy lo elegante son los tonos desvanecidos. El sol tiene más belleza ideal cuando incendia la lontananza que cuando fulge en el cénit luminoso y radiante. La rosa que se abandona en el vaso azul tiene más belleza en el olvido que en el rosal donde fué reina. Para mí, la melancolía es la madre ideal de la belleza humana.»

Cantora del amor, Rosario Sansores culmina a igual altura meridiana de inspiración de dominio del ritmo y de humanismo sazónada con los más dispares leimotivos emanados de ese «alma del mundo», en la expresión del genial y popular autor de «El Vértigo». Y, artífice magnificadora de la técnica poética, de la rima y de la fluidez verbal, acusa intensamente su dominio de la forma. En sus libros puede verse la diversidad de metros. Sin embargo, en los versos de arte mayor y en los sonetos es en donde difícilmente puede encontrarse superación para esta gran poetisa.

Para terminar, reproduciremos algunos especímenes, elegidos teniendo en cuenta la mayor diversidad de matices y de motivo inspirador.

Veamos cómo canta su ingénito don:

PORQUE NACÍ POETA...

Porque nació poeta me he pasado la vida hilando el milagroso copo de la ilusión; para cada quimera tuvo mi alma cabida y acogida mi pecho para toda emoción.

Porque nació poeta nunca miré la oscura realidad de las cosas; y en mi loca inquietud me dí toda al ensueño, me embriagué de duizura, y derroché mis bellas horas de juventud.

No me importó el enigma terrible del mañana. Ante mí la esmeralda verde de la sábana se mostraba ondulante como una tentación.

La vida como un rojo fruto se me ofrecía, el amor era dulce... y eché a andar un buen día siguiendo la imperiosa voz de mi corazón.

Y en estos dos sonetos que siguen, las dos clases de amor: a su hermana muerta y al amado:

A LA MEMORIA DE MI HERMANA

LAURA

¡Pobrecita hermana, tan linda y tan buena,
con aquellos ojos de dulce mirar,
con aquellas manos, como de azucena,
hechas solamente para acariciar!

Fué en una mañana triste de febrero
cuando en el abrazo postrer que le dí,
murmuró a mi oído:—Si acaso muero,
por las noches, dime ¿rezarás por mí?

¿Y la vi tan frágil, tan blanca y doliente,
que besé llorando su impoluta frente
y oprimí sus manos presa de inquietud.

¡Hermanita mía, jamás torné a verte
porque entre tus brazos te apresó la Muerte
y agostó la rosa de tu juventud.

TÓMAME

Tómame: entre tus brazos soy como una paloma
dócil, bajo la garra fuerte del cazador;
aspírame: al hacerlo sentirás que mi aroma
te aturde como un soplo dulce y embriagador.

Prendido en mis cabellos ha quedado el rocío
y sus gotas semejan finas perlas de Ormuz.
Toda mi carne tiembla bajo un escalofrío
y se cuaja en mis ojos la quimera hecha luz.

Somos jóvenes. Tiene nuestra fe la rudeza
de la edad primitiva. Nuestro amor la belleza
de esos frutos que ostentan su otoñal madurez.

Mientras germina el oro vivo de sus maizales,
yo te daré las mieles de mis rubios panales
y mis brazos trigueños de sensual morbidez.

La añoranza de la patria natal, también
ha arrancado a su lira bellas estrofas. He
aquí su composición:

A MÉXICO EN EL DÍA GLORIOSO DE SU INDEPENDENCIA

En esta grata fecha que aquí conmemoramos,
con las manos unidas nuestras almas fundamos
en un abrazo dulce, sincero y fraternal,
y con los ojos vueltos hacia el ayer glorioso,
¡oh compatriotas míos! ¡pensemos en lo hermoso
que es llevar en el alma la luz del ideal!

¡Ni insidias ni rencores! Todos somos hermanos,
apartemos risueños esos odios insanos
y en esta hora serena de quietud y de paz,
por la próspera vida de la patria distante,
brindemos jubilosos, la mirada radiante,
y las manos unidas en apretado haz.

¡No importa que la suerte me mantenga alejada!
Igual que una hija buena para la madre amada
llevo siempre un recuerdo dentro del corazón,
y evoco a todas horas su suelo incomparable,
sus prismas encantados, su belleza innarrable
y el águila invencible de su épico blasón.

¡Oh, compatriotas míos!, los que sabéis la gloria
que vive en las brillantes páginas de su historia
y veneráis conmigo su enseña tricolor,
en un maravilloso, dulce presentimiento,
alcemos nuestras copas y con el pensamiento,
enviémosle un suspiro y un ósculo de amor...

Finalmente, transcribiremos otro de sus
magistrales sonetos, con que retrata a un
poeta, Rafael U. González, Secretario de Re-
dacción de la nombrada revista «Bohemia»:

RAFAEL U. GONZÁLEZ

González vino a Cuba con el alma poblada
de esas quimeras locas de todos los poetas
que en el mañana fijan las pupilas inquietas
soñando con la gloria de mejillas rosadas.

Como es joven yo pienso que no son mal fun-
(dadas
sus bellas esperanzas de ambición y fortuna,
porque si teje versos a la pálida luna,
también trabaja en busca de monedas doradas...

¿Y ¡quién sabel La Gloria, casquivana y coqueta,
suele premiar los nobles esfuerzos del poeta.
¿Por qué Fortuna y Arte no marcharán unidos?

Rafael González, lleno de una paciente espera,
mientras se ofrece al beso de la fugaz Quimera,
lucha por ver sus dulces ensueños florecidos...

Pocas veces sentimos tanto como hoy la
exigida limitación del artículo, porque Rosa-
rio Sansores merece—por su gran labor des-
arrollada y por la gran obra que aún ha de
ofrecernos en lo futuro—ser conocida en Es-
paña, de cuya lengua es, hoy día, honra y
prez. Esta insigne escritora, que, como ve-
mos, está, como todo verdadero poseedor del
don del Arte, por encima de escuelas y mo-
das literarias, de ismos y deshumanizacio-
nes que no consiguen otra cosa que amino-
rar la vena poética, esta poetisa, decimos,
es, sin duda alguna, una de las figuras feme-
ninas que han de quedar unidas al núcleo de
escritores de todos los países y tiempos de
perdurable recuerdo. Felizmente va siendo
más efectiva de día en día la compenetración
espiritual con aquellos pueblos que renuevan
la savia de la vieja estirpe, y, paralelamente
al florecimiento de altísimos valores ameri-
canos en las Letras, se despierta aquí la cu-
riosidad expectante hacia sus libros, hasta
ahora poco menos que desconocidos. No está
lejano, pues, el día en que escritores de la
alta alcurnia de Rosario Sansores gocen en
todo el ámbito del espíritu y la lengua hispá-
nicos de la nombradía y la fama hace tiempo
merecidos. Por este transcendental proble-
ma de justicia, de patria y arte, venimos la-
borando, modesta pero tenazmente, desde
hace tiempo.

ANGEL DOTOR



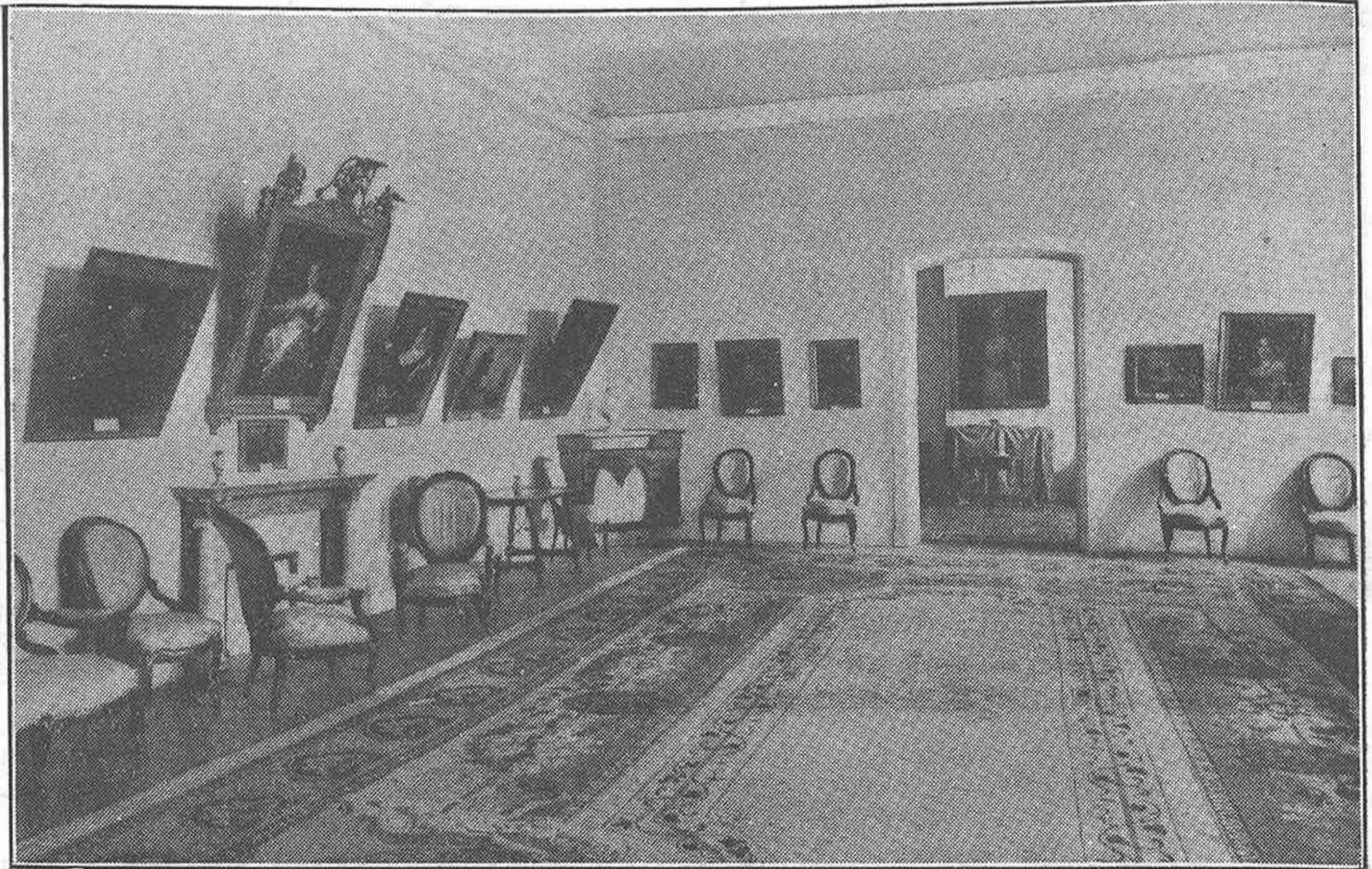
MUSEO ROMÁNTICO.—EL COMEDOR, CON LA COLECCIÓN DE PORCELANAS

EL MUSEO ROMÁNTICO DE MADRID

Al Marqués de Vega Inclán débese el milagro: un antiguo caserón, más que en ruinas, arruinado, y, más que por las vicisitudes del tiempo, por las que le impuso la incuria de los hombres (era, ha poco almacén, y oficinas sus salones) renace, de la noche a la mañana, por toque de varita mágica, pudiérase creer, a lo que fué seguramente su vida de antaño, su vida *verdadera*, cuando sus muros, en lugar de abrigar un tráfago impersonal de industria moderna, encerraban el deslizarse sosegado y señoril de las existencias próceres de sus moradores. Sí, el Marqués de Vega Inclán, este Quijote del arte y las glorias patrias, que ya nos ha dado la Casa de Cervantes de Valladolid, con su biblioteca exquisitamente seleccionada; las Hospederías de Santa Cruz en Sevilla, refu-

gio de evocación para las almas artistas que acuden al pie de la Giralda; y, sobre todo, esa «Casa del Greco», relicario que conserva, como en un pomo fragante, la esencia de la Edad de oro toledana; el Marqués de Vega Inclán, no queriendo que su Madrid quedase postergado en sus ofrendas, acaba de tener el gesto magnífico de brindarnos un «Museo Romántico» que ha de ser compendio y aroma de una de las épocas más jugosas y menos conocidas de nuestra historia.

El edificio, cual queda apuntado, es ya, de por sí, una resurrección: en el zaguán, una tartana invita, si no a lanzarse por las rutas, siempre pletóricas de sensaciones pintorescas para una sensibilidad despierta, de nuestra Castilla incólume, no obstante las mudanzas del tiempo, al menos al viaje sen-



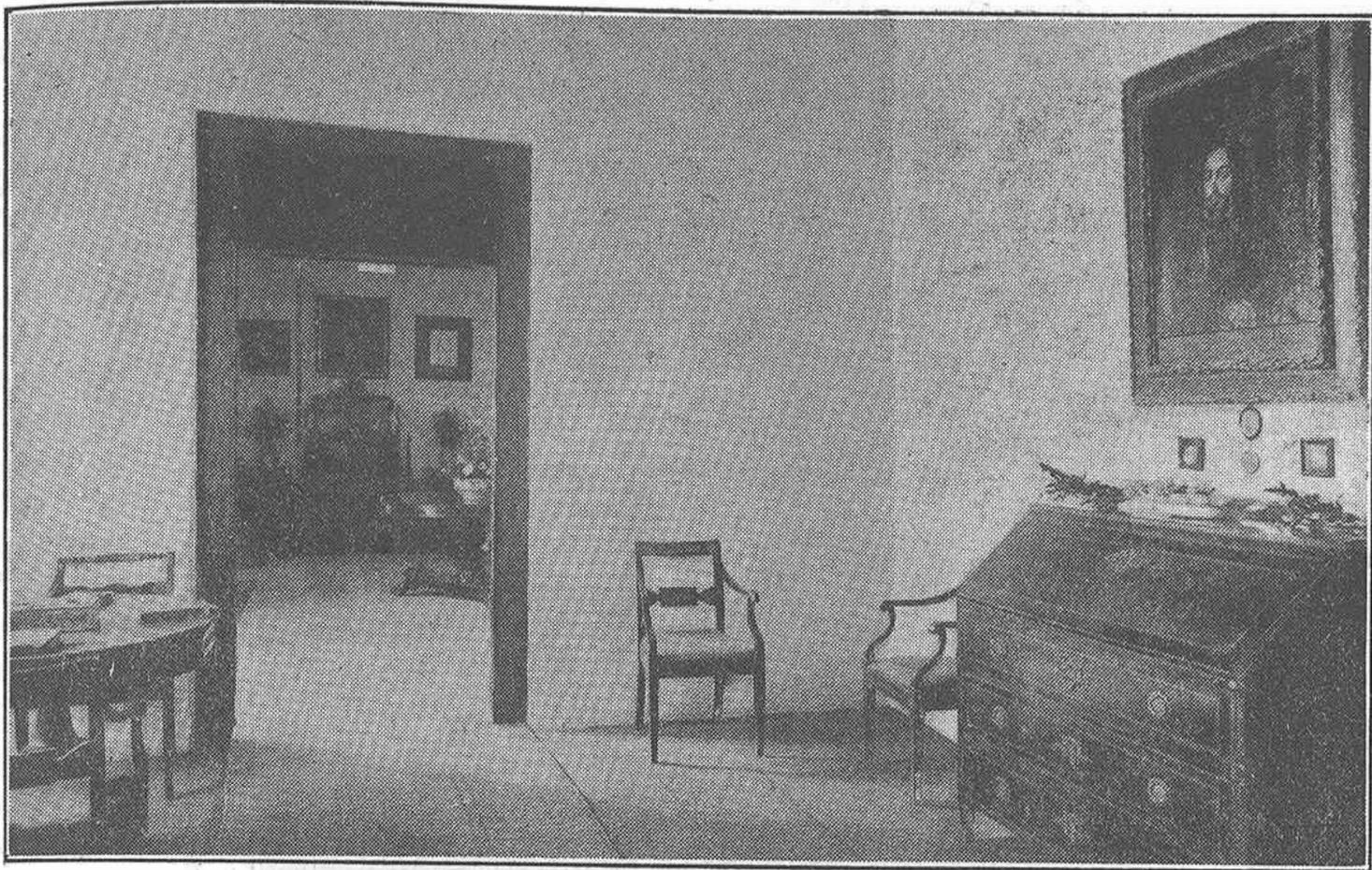
MUSEO ROMÁNTICO.—SALÓN DE ISABEL II

timental por esos días todavía cercanos del pasado siglo, y ya añorados con la aureola de su poesía esfumada, y, a la vez, recrudecida por la lejanía. Una cancela de hierro, y un patio—uno de los pocos patios que aún conserva el Madrid castizo—constituyen la planta baja, la primera impresión, de este retorno a los tiempos de las «francesadas» y las barricadas levantadas al son del Himno de Riego. (Y estamos en la calle de San Mateo, en el barrio de Maravillas, ilustrado por los heroísmos del Dos de mayo).

Subamos la escalera, amplia, clara y recoleta en su silencio. No temamos se rompa el encanto; no es un museo, no: es *una casa*, una casa «de entonces» en la que, como por ensalmo, hállanse reunidos cuadros, muebles y objetos de gran valía, cuyo interés particular—que cada uno lo tiene, y muy grande—no destruye, sino que realza, el acorde general del ambiente. Sólo una cosa nos choca: encontrarnos con gentes arbitrariamente ataviadas como nosotros, y no con algún bizarro militar con dolmán azul, cinturón de oro, y faja encarnada (cual aparece aquí, en su retrato, el más romántico de los jefes de la Guerra Civil, don Diego de León) o con alguna dama de miriñaque saliendo del salón isabelino del brazo de un caballero que luciese levita entallada, alto corbatín negro y ancha cadena de reloj. El piano forte, fechado a comienzos del diecinueve, los búca-

ros floridos, algún que otro libro contemporáneo de los personajes pintados y dejado, como al descuido, sobre una mesa; aquel «cuarto de familia», con su lecho, su costurero, su moblaje completo, que—de puntillas, con la sensación de ser indiscretos—hemos de atravesar para llegar al «Cuarto de las porcelanas», dispuesto a modo de comedor, todo acentúa la impresión de caminar en sueños, cual si un hada nos hubiese franqueado, por unas horas, el acceso de un ambiente definitivamente pretérito. En la biblioteca hemos hojeado, conmovidos, los diarios que hablan de la derrota sufrida, *el mes pasado*, por Napoleón en Leipzig, las aleluyas contra el *Malaparte*, y también los documentos reservados cogidos a oficialés «invasores»; y, con la desazón de quien ya está en el secreto, hemos leído las proclamas de loco entusiasmo a favor de Fernando, el *Deseado*; pero, ahora, nuestra emoción es casi religiosa: estamos en el «cuarto de Larra», en su cuarto de trabajo, reconstituído, tal como se hallaba el día del suicidio de «Fígaro», y, en ese secreter que domina su retrato por Gutiérrez de la Vega, y sobre el cual renuévanse piadosamente todos los días unas flores, sabemos que se guardan—donadas por sus descendientes—las últimas cuartillas que trazó, y la camisa ensangrentada que le quitaron para amortajarle....

De los cuadros ¿qué diremos? Con muy



MUSEO ROMÁNTICO.—CUARTO DE LARRA

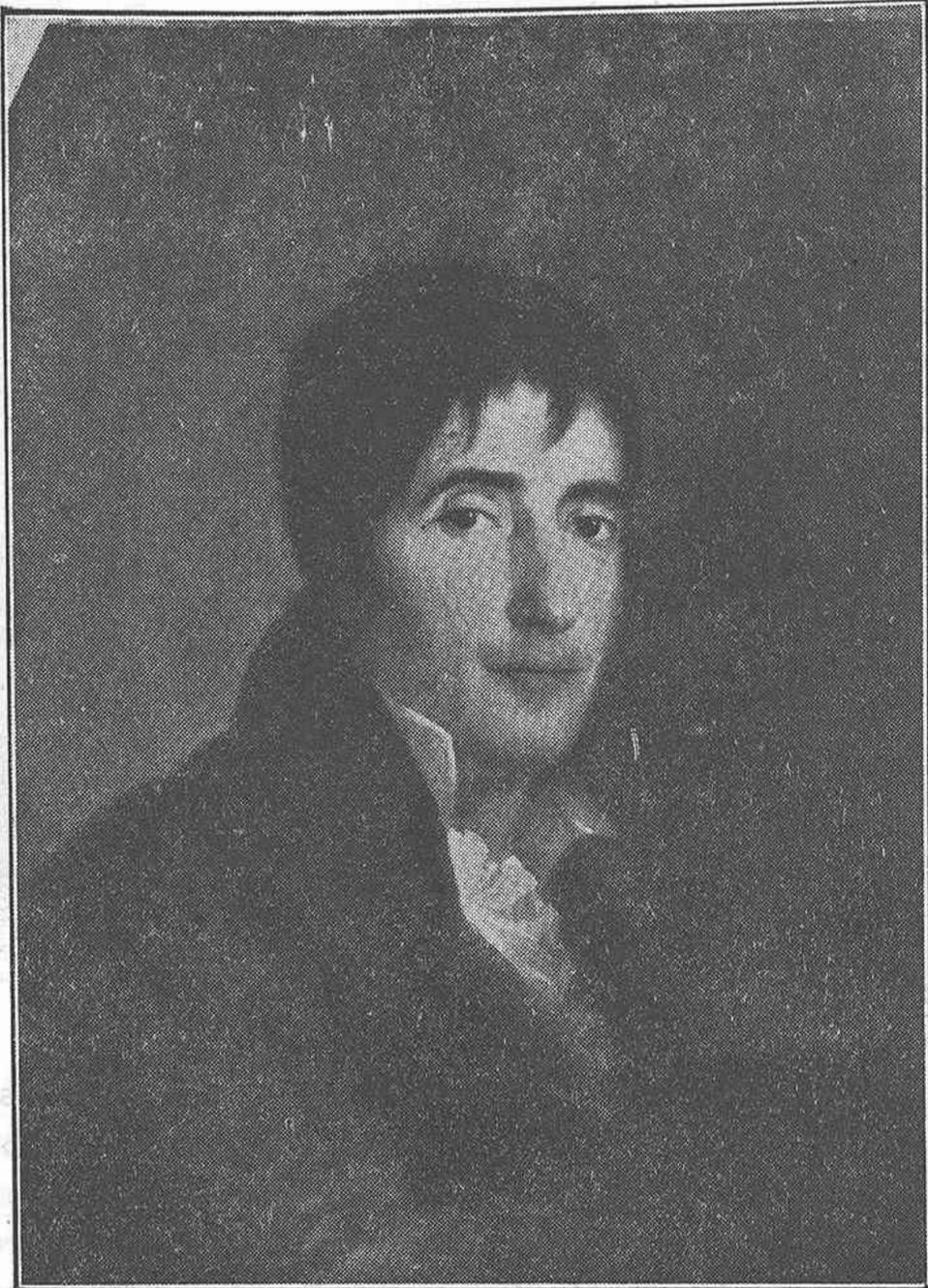
sensato acuerdo, el organizador inicia con Goya nuestra época romántica. Tres momentos—dice en la noticia Preliminar del catálogo—quiere evocar en este Museo «que es romántico fundamentalmente por la tendencia emotiva que representa este nombre»: la guerra de la Independencia, la primera civil, y la de África. Y don Manuel B. Cossío, el gran erudito que sabe convertir su erudición en frutos sazonados de sensibilidad, en su Carta-Introducción, aclara: «Si ese nuevo Museo ha de evocar espiritualmente la guerra de la Independencia, ¿cabe pensar que haya en él nada más indispensable que Goya? ¿Y, cómo no habría de presidir éste un Museo español que comienza con el siglo XIX, cuando Goya, densa y recia aportación española al arte universal, es,

tal vez, el valor más sustantivo y permanente en la moderna historia de la pintura de Occidente? Romántico o no, si sus cuadros no abrieran las puertas de este Museo, por él vagarían a todas horas y eternamente los *fantasmas* de Goya».

No es cosa, en estas líneas que sólo tienden a dar idea del aspecto general del lugar, de hacer crítica de arte; mas, para concluir, no podemos dejar de consignar con júbilo que, para muchos, el nuevo museo madrileño será seguramente una revelación de la extraordinaria pujanza de esa Escuela post-goyesca que mantuvo tan en alto la antorcha de la pintura española, en un tiempo en que la decadencia del arte era universal.

MARGARITA NELKEN.





EL POETA QUINTANA por José Ribellies.

(UNO DE LOS MEJORES CUADROS DEL MUSEO ROMÁNTICO)

PROSAS AZTECAS

LAS TEHUANAS

PARA ANGEL DOTOR, CON LEAL AFECTO.

Las he visto en una estampa de la Historia del Padre Gay: la una en traje de casa, la otra luciendo arracadas y pompa en una fiesta. Pero las he visto también, de carne y hueso, cálidas y morenuchas, las dos, las tres veces que he estado en el Istmo, una noche cuajada de sortilegios, olorosa de frutas. La tierra caliente se esmera en hacer bien esa flor, en darle ritmo a ese pájaro: la tehuana pasa por mi imaginación como un ala por una aérea urdimbre.

El tren se detuvo en la noche trémula. Un río allá, una ciudad cerca del río, y árboles en los que resbalaban los luceros. Había feria, luminarias, gritos en la paz azul. Sólo me acuerdo de mi primera visión: unas mujeres que lucían collares de oro macizo y que al andar lo hacían como esos pájaros que saben llevar el traje de colores.

Un mediodía, yendo para el norte, las ví otra vez en el andén de la estación. Casi can-

taban al hablar, casi arrullaban. Las unas eran lánguidas y solemnes, y todas iban descalzas, como sobre peanas, en un lento vaivén de procesión; las otras tenían sol en las pestañuelas, dejadez de añoranza en el mirar, hoyuelos hondos de noche para llenárselos de amor. Y todas desfilaban con sus trajes talares y coloridos, tal entre peplos, moviendo graciosos y lindos brazos, soltando al andar ritmo de alas. Se diría que aprenden desde niñas a marchar al son de un cantar, balanceándose a guisa del pavo real o de la oropéndola, metidas dentro del traje como para una ceremonia solar, subiendo por escalas rituales, sosteniendo cántaros fastuosos.

El abate Brasseur de Bourbourg recorrió el Istmo y estuvo absorto ante las camisas amplias y ondeantes, los huipiles de muselina o tul bordado, los rebozos que sobre testas y bustos prenden trofeos de elegancia. Estaba entusiasmado el señor abate descu-

briendo pliegue por pliegue aquellas vestiduras; pero se le olvidó contar que su belleza se enaltece en la devoción a los quehaceres de la casa, y si son vivas y alertas, hasta para llevar la canasta o el cántaro, tienen una timidez pajaril que las llena de gracia. El ambiente amodorrado y lumínico, la alimentación vegetariana, la sencillez antigua de las costumbres, les han dado ese vigor de líneas que se exalta cuando envueltas en sus lienzos aseados, descubren la espalda, enseñan la fina cintura, arquean los brazos. A veces una cinta de matiz delirante, un cocuyo prendido con alfiler, o un peine alto y joyante, quedan prisioneros entre las trenzas de nocturno esplendor.

En ellas arde la llama dulce de la raza, palpita el dolor delicioso de nuestra flora, se desmayan angustias de crepúsculos largos. Para la feria o cuando pasa el tren, se asoman en bandadas, y entonces se ve que son miserables las estampas que tiene la historia del Padre Gay, y que al abate se le aturdieron los ojos cuando las vió pasar y no vió nada.

Carlos González las ha estilizado en una decoración que bien vale el premio de la fruta rica y de la rosa de olor. Y el último sábado las resucitó en una euritmia de locura, Tórtola Valencia. Yo las había visto también surgir al llamado de la Rivas Cacho, entre una algazara de folklore.

Sentadas en los sitiales de la sillería del extinto convento, un amigo me ha contado que las vió en un festival y que aquello parecía más bien una asamblea de reinas. Estaban todas alegres, pero tímidas; y su majestad triunfaba sólo por la bizarría del ala y el no sé qué de la flor.

EN LA ALHÓNDIGA

Allí está la casona del maíz, el limpio mirador de la abundancia. En las puertas se inmoviliza en piedra Santa Fe de Guanajuato y arriba las manos erigen las mazorcas de la desordenada cosecha. Pero la Alhóndiga ya no es la de antaño y apenas se oyen pasar por la calle; en los ratos de ocio del recuerdo, las recuas que iban al mineral sonando campanillas de plata. La casona se halla abandonada y no hay tumulto de panaderos ni algazara de viejas. En el mesón de la cuesta, cerca del mercado, no suenan voces alegres como en los años de la bonanza cuando dicen pícaras lenguas que el conde de la Valenciana mandó al arriero que bajo los balcones del palacio iba vendiendo no sé cuantas cargas de maíz, las llevara a la despensa y se las cambiran por tejos del fabuloso metal. La Alhóndiga está bella de tiempo, rica de añoranzas, ahita de hacer el bien. Cuantos a ella se acercaron tuvieron el premio de la hartura. Disfruta de la santidad

de los arcones que tuvieron llave secreta hasta para los criados; vive feliz en el olvido lento de las abuelonas que sacan la butaca al sol del patio y repiten consejas. A ella acudieron hambrientas muchedumbres, en ella se abastecieron las amasadoras, por ella rezaron trisagios en las cuaresmas de sequía las monjas que fueron hábiles en hacer boronas para la mesa del señor cura, el del edificante amontillado. Al pie de la cornisa labra la abeja su doliente panal sólo para que en la despensa abandonada no falte una alabanza a Dios. Mandó sus cosechas el Bajío, se aplacó la inquietud. Y el intendente Riaño que la hizo construir al precio de 200.000 pesos pudo adornarla con las preseas del cereal. Las anchas bóvedas un día vieron entrar atropellándose a la plebe y antes de meter las manos en la despensa henchida, mucha sangre corrió para probar que toda cosecha es un dolor en las manos. En las escarpas del tope, dándose al sol como frutas sangrientas, se balancearon las cabezas del buen cura y de los bravos capitanes; mientras en el antiguo solar los ojos ciegos de la leyenda veían por un momento, florecer risueñas de rubíes, las mágicas granaditas.

Allá abajo está el mesón abierto, donde se hospedan los que vienen de lejos arriando burros; hormiguea el nuevo mercado que hace evocar el que en día de tianguis, vió en Tlaxcala don Hernán. Canta canciones un guitarrista orgulloso y sin pedir merced alargaba la mano lépera. Y luego se cierra a llover, entre un relampagueo insurgente que hubiera atribulado al señor Riaño. Alguien repite el dicho popular:

*Aguacero que cae a las tres
tarde buena es.*

Esa puerta ya nada defiende, ni esos aposentos limpios guardan víveres, ni los marchantes pagan el alhondigaje. Se apagó el vocerío que hubo en el colmenar de adentro y no hay altercado por una mala compra. Estuvieron allí los caudales de los terratenientes que araron tierras magnánimas; y un aroma de abundancia llega a la casa que fué del maíz desde los campos que allá lejos se humillan al paso triunfante de los labradores. Ya nadie se llega con hambre que saciar, ni las recuas se detienen frente a la portada bronca para vaciar fanegas. Y, sin embargo, hay hombres que tienen dos manos y sobra de pereza y serían capaces de comerse los tres huevos de la víbora sin tener que implorar misericordia a mi señor San Diego o todas las frutas que en la piedra viva se hallan al pie de la escalinata de ese alcázar de la Valenciana y de Rul, por cuyas ventanas se deslía en sol Guanajuato de las Granaditas.

México. RAFAEL HELIODORO VALLE

LA SITUACIÓN DEL OBRERO AMERICANO

«Obrero americano» es un término tan vago como el de «obrero europeo». En los Estados Unidos, lo mismo que en Europa, se nota gran diversidad en el nivel de vida y en las condiciones de existencia de los trabajadores; las del obrero de la ciudad no son iguales a las del obrero del campo; la retribución del obrero cualificado es superior a la del peón; las tarifas de salarios en el Mediodía y en el Oeste (cultivo del algodón) son más bajas que en el Norte, en las grandes regiones industriales vecinas de los grandes lagos; en el Oeste, los salarios son más elevados que en el Mediodía y en el Este. Dada esta diversidad, es muy difícil dar idea concreta de la situación general de los obreros americanos. No obstante, utilizando algunos datos de que disponemos concernientes al número de trabajadores, su distribución en las industrias, los salarios por industria, por profesión y por región, podemos dar un croquis de la situación en que viven los obreros americanos.

II

EFFECTIVOS Y CATEGORÍA DE LA POBLACIÓN ACTIVA

Según el último censo, de 1920, la población de los Estados Unidos tenía 41,6 millones de individuos útiles de más de 10 años; 33 millones de hombres y 8,5 millones de mujeres. Estas cifras abarcan a todos los que se dedican a una ocupación productora de salarios, sueldos o cualesquiera otros beneficios. No están incluidas, pues, las mujeres dedicadas a sus ocupaciones domésticas. El censo divide toda la población activa en nueve grupos básicos. El primer grupo comprende los trabajadores de los campos y bosques (10,9 millo-

nes); la industria del subsuelo, un millón; 12,8 millones en la industria fabril; los transportes ocupan 3 millones. Las otras cinco categorías son: comercio, servicios públicos, profesiones liberales, domésticos y clero, con un total de 13,5 millones de personas.

Los datos oficiales evalúan en 32,7 millones el número de trabajadores asalariados, en 520.000 el número de individuos dedicados a las profesiones liberales (juristas, médicos, etc.) y en 8,4 millones el de propietarios, funcionarios y administradores. Según este cálculo, el grupo de obreros asalariados representa un poco más de los $\frac{3}{4}$ de la población activa.

Los trabajadores asalariados se subdividen como sigue: 4,9 millones de obreros cualificados, 6,4 millones de obreros semi-cualificados, 11 millones de braceros, 5,6 millones de oficinistas, 2,4 millones de domésticos y camareros y 2,3 millones de personas ejerciendo profesiones libres y de obreros ocupados en los servicios públicos del Estado y de los Municipios.

Según este cálculo del Ministerio del Trabajo, la tercera parte de los obreros de los Estados Unidos no tiene oficio determinado; otra tercera parte está compuesta de obreros semi-calificados y de empleados subalternos. En cuanto a los obreros cualificados forman la sexta parte del número total de obreros. Las profesiones libres (juristas, médicos, maestros libres), los pequeños patronos, los técnicos de alta categoría y otros trabajadores cualificados constituyen un grupo poco numeroso en la masa de la población activa. Los obreros forman una importante mayoría; si se les suman los «farmers», se ve que los trabajadores manuales son la mayoría aplastante de la población activa.

III

NIVEL DE EXISTENCIA DE LA FAMILIA OBRERA

El curso del dólar se diferencia tanto de la divisa de los demás países europeos que es difícil precisar la capacidad de adquisición de los salarios americanos, si se expresa en dólares. Empezaremos por las características del presupuesto obrero.

Desde 1919, el Ministerio del Trabajo publica el llamado «Health and decency», o sea, la cifra normal del presupuesto en la familia obrera. Esta cifra expresa los gastos de vestido y alimentación, el alquiler y demás necesidades de una familia compuesta por el marido, la mujer y tres hijos de poca edad. Se toma como base del cálculo el mínimun extremo cuya disminución implicaría el peligro de la degeneración física y moral. El salario mínimo, pues, percibido por la familia en cuestión, se expresa por una suma estrictamente necesaria para hacer frente a los gastos previstos por todos los números de su presupuesto.

El presupuesto obrero establecido por el Ministerio del Trabajo prevee el alquiler de un cuarto compuesto de cuatro piezas de dimensiones medias. En la mayor parte de las ciudades americanas esta rúbrica de gastos comprende también un cuarto de baño con todo confort. Un tercio del presupuesto se dedica casi entero a la alimentación. La cifra de gastos para el vestido (según las estaciones), prevé la ropa interior, calzado, medias, sábanas, y abrigos para la mujer y el marido. El presupuesto contiene también cifras para los gastos de seguro, ahorro, médico y medicinas (dentista incluso), libros, mobiliario y artículos para el hogar. Pero las grandes divisiones del presupuesto son tres: alimento, vestido, habitación: absorben las $\frac{3}{4}$ del presupuesto.

En New-York, el mínimun de existencia se calcula en 2.268 dólares al año (1924); en Rochester, 2.196; en Chicago, 2.444; en Minneápolis, 2.555; y en los Angeles 25.986. Aceptando estas cifras, una familia de cinco miembros necesita para poder vivir de una manera soportable 45 dólares por semana, en casi todas las grandes ciudades del Este, y unos 50 dólares en los grandes centros urbanos del Oeste, provincias centrales y extremas. En el Mediodía esta cifra puede ser disminuída en un 15 a 20 por ciento.

El mínimun de existencia del obrero en las pequeñas ciudades (con una población de menos de 250.000 habitantes) y en las ciudades rurales, es aún más bajo (15-40 por ciento aproximadamente), porque en estas localidades hay dos rúbricas que disminuyen mucho: casa y alimentación. Puede afirmarse, en general, que en las regiones industriales de América, la cifra media del nivel de

vida para una familia de cinco miembros son 1,800 dólares al año (35 semanales). Muy otro es el presupuesto de los hombres y mujeres aislados, de los matrimonios sin hijos y de las familias numerosas, pero aquí nos limitamos al exámen del nivel de existencia y de los ingresos de la familia obrera media.

IV

RECURSOS CON QUE CUENTA LA FAMILIA OBRERA

La información del Ministerio del Trabajo, muestra que el 80 por ciento de los ingresos de la familia obrera están representados por el salario del jefe de familia. Esta cifra se ha fijado teniendo en cuenta los datos recogidos sobre las familias que tienen de uno a cinco hijos, o sea, por término medio, la familia de cinco miembros a que nosotros nos referimos. El otro 20 por ciento de ingresos lo suministra locatarios que viven en familia. Otro ingreso suplementario lo da la mujer que trabaja en casa o fuera. Lo percibido por el trabajo de los niños representa una porción insignificante.

V

SALARIO MEDIO DE LOS TRABAJADORES AMERICANOS

¿Qué número de obreros ganan lo suficiente para sostener este nivel de existencia? El Gobierno y la administración de los Estados federados publican cifras sobre los salarios que dan parcial respuesta a esta cuestión.

El Estado de New-York es el gran centro industrial de toda la Federación norteamericana. En él está concentrada la décima parte de la población de los Estados Unidos. En mayo de 1925, el salario semanal medio del obrero era de 31,33 dólares, algo más de 1.500 al año. Tal es el término medio de los salarios de las 50 categorías de trabajadores. Los salarios más elevados se ganan en la imprenta y librería; término medio 40 dólares semanales. El salario medio de 30 dólares se percibe en las ramas siguientes: peletería 38,71; confección para señoras; 38,71; alimentación, 30,84; productos químicos; 31,85; automóviles y aeroplanos 34,36. Los salarios inferiores a 25 dólares por semana (1300 al año) existen en las industrias siguientes: producción de tejas y ladrillos, 24,65; cueros y pieles, 23,75; industria algodonera; 21,77.

El Estado de New-York está situado al Este. En la Carolina del Norte, que es uno de los Estados meridionales, los salarios son sensiblemente más bajos que en New-York. En 1924 el término medio de los salarios era: para los obreros calificados de la industria del automóvil, 30 dólares; panaderos, 35; chauffers, 22; albañiles, 19; industria

algodonera, 21,80 (hombres); industria del mueble, 23,40 (hombres); tabaco, 16,10 (hombres); porteros, 15; peones, 15; ayuda-mecánicos, 29.

En el Colorado, Estado situado en la zona central, el salario medio, datos de marzo de 1925, era: 24 dólares en la industria del automóvil; construcciones mecánicas, 25; fabricación de botellas, 20; inspectores, 26; peones, 17,50. En la panadería, los obreros panaderos ganan por término medio 35 dólares; los repartidores de pan, 35; los auxiliares, 22,50. En la industria del coche y reparación de automóviles, los pintores ganan 30; los decoradores, 36; los forjadores, 30; los que trabajan la madera, 32,50. En el vestido, los cortadores ganan 45; los embaladores y expedidores, 20; limpieza de ropa, 30; lavadores, 25.

El Comité de ferroviarios publica en *Wage Series Report*, mayo de 1925, los datos siguientes sobre el salario medio de las diversas categorías de ferroviarios en mayo de 1924: trabajos de reparación, 2,84 diarios; construcción de vagones, 5,50; mecánicos, 6,01; obreros no calificados de los talleres, 3,17; empleados de las estaciones, 4,88; conductores de trenes de viajeros, 6,72; conductores de trenes de mercancías, 4,62; agentes de la vía, 4,91; mecánicos de trenes de mercancías, 7,46; fogoneros de trenes de mercancías, 5,59. Estas cifras dan el término medio en todos los ferrocarriles de los Estados Unidos. En el Mediodía los salarios de los ferroviarios son sensiblemente más bajos que en el Norte y en el Oeste.

Los mineros están pagados mejor que los trabajadores de otras industrias. Ocurre así particularmente con los mineros dedicados a la extracción de minerales duros, porque casi no había parados en esta rama los últimos años. Veamos los datos de los salarios medios en las minas de antracita en 1924 (*Monthly Labor Review*, julio de 1925). Los obreros del interior, ganan por término medio, 33 dólares a la semana; los mineros que trabajan a destajo, 49,03; los ayudantes de los destajistas, 32,74; los pinches, 29,28. Los forjadores ocupados en la mina ganan 42,23 semanales; los carpinteros, 39,26; los trenistas, 31,65; los mecánicos, 43,82 y los peones, 31,62.

En el Estado de Idaho, la cifra media del salario en la industria hullera es de 5,50 diarios para los picadores; 5 para los trenistas; los mamposteros 6 y sus ayudantes 5,25; los mecánicos 6,25 y los del exterior 4,75 (*Monthly Labor Review*, agosto de 1925).

En la construcción los salarios suelen ser más bajos que en las otras ramas industriales. La duración del trabajo de los obreros de la construcción varía entre 40 y 48 horas semanales, pero estos obreros no están ocupados todo el año, puesto que los trabajos cesan en cuanto llega el invierno.

He aquí algunos datos respecto a los salarios citados por la *Labor Review*, de Septiembre de 1925: los albañiles ganan en Atlanta 1,25 dolar por hora; New York, 1,50; Chicago, 1,50; Los Ángeles, 1,50; el salario por hora de los carpinteros es de 0,80 en Atlanta, un dolar en Baltimore, 1,25 en Chicago, 1,31 en New York, uno en Los Ángeles. Los estucadores ganan un dolar por hora en Atlanta, 1,25 en Baltimore, 1,31 en New York, 1,25 en Chicago y 1,25 en Los Ángeles.

Revisadas las tarifas de salarios en la industria manufacturera, en las explotaciones mineras, ferrocarriles y construcción, se ve que un número relativamente pequeño de obreros gana más de 35 dólares a la semana, o 1.800 al año. Los salarios de la mayor parte de los obreros de las fábricas, son inferiores a 30 dólares por semana. Mas para las categorías mejor organizadas, tales como los mineros, construcción y algunas clases de ferroviarios, los salarios superan sensiblemente este nivel.

Los obreros agrícolas ganan menos que los obreros industriales. El Ministerio del Trabajo evalúa en 33,18 dólares por mes el salario medio del criado de granja en 1925, y 46,11 dólares sino está alimentado. Durante las cosechas, los jornaleros ganan 2,45 dólares alimentados y 3,03 sin pensión. Durante las demás estaciones, el salario habitual del jornalero es de 1,93 con pensión y 2,47 sin pensión. En Illinois, en Abril de 1925, el salario mensual medio del criado de granja era de 43 dólares, con pensión y 46 sin pensión. El salario diario era de 2,35 dólares con pensión y 3,10 sin pensión. Según reciente *enquete* sobre las ganancias de los *farmers*, el propietario de granja que obtiene un producto líquido de 600 dólares al año constituye la excepción; la mayoría de los campesinos ganan menos. En compensación, el granjero no tiene que pagar alquiler, ni comprar muchos productos alimenticios.

VI

OBREROS CUYO SALARIO ES INFERIOR AL NIVEL FORMAL

Admitiendo que 2.200 dólares anuales representan el minimum suficiente para asegurar una existencia sana y soportable a una familia de cinco miembros, en las grandes ciudades, y 1.800 dólares en las pequeñas, el jefe de familia debería ganar 1.760 dólares en los grandes centros urbanos, y 1.440 dólares en los otros pueblos, para aportar a su familia el 80 por ciento del presupuesto.

Las tarifas de salario que existen actualmente en algunas ramas de la industria americana hacen posible tal nivel de vida; los trabajadores de la construcción, los tipógrafos, algunas categorías de obreros en las fábricas que llegaron a un grado muy alto de organización (principalmente los trabajado-

res del vestido y los obreros miembros de las asociaciones fraternales de ferroviarios, que están bien organizados) ganan más de 5 dólares diarios en las pequeñas ciudades y más de 6 dólares en los grandes centros. Forman pues una aristocracia obrera que recibe salarios que aseguran una existencia plenamente sana y conveniente a una familia de cinco miembros. El salario de los obreros agrícolas no alcanza nunca este nivel. El de los mineros dedicados a la extracción de la hulla es inferior; y en fin, la mayor parte de los obreros de fábrica no alcanzan nunca este nivel.

¿Cuál es el número de obreros que pueden pertenecer a esta aristocracia obrera, poseedora del tantum vital económico? Si el número total de obreros es de 32,7 millones, es verosímil que 1,6 millones de personas poseedoras de una preparación especial entren en la capa superior en cuestión. Un pequeño grupo de empleados gana probablemente más del término medio indicado. Entre los trabajadores de los servicios públicos del Estado y de los municipios, hay probablemente una porción importante de trabajadores cuyos salarios son igualmente superiores al tantum vital. Quede bien sentado que los 11 millones de peones reciben salarios muy inferiores. La mayoría de los 6,4 millones de obreros semi-calificados no alcanzan este nivel mientras no salen de su categoría. Los domésticos y camareros son unos 2,4 millones: la mayoría viven en condiciones inferiores a la normal. Así que de los 32,7 millones de obreros sólo 7 millones ganan 1.800 dólares al año.

VII

LA JORNADA DE TRABAJO

¿Cuántas horas debe trabajar el obrero americano para ganar lo suficiente para vivir? La semana de trabajo raramente se prolonga más allá de las 48 horas; lo más frecuente es de 44 o menos; en las industrias donde los obreros no están organizados la semana es más larga, pero aún así raramente se trabaja más de 55 horas por semana.

La semana inglesa se ha introducido en muchas industrias. Casi todos los sindicatos consiguieron adoptarla definitivamente. Muchos patronos la han aceptado en sus empresas. En el comercio al por mayor, bancos, oficinas, se cierra los sábados a mediodía. Un millón de obreros americanos terminan sus trabajos a mediodía o poco después y no vuelven hasta el lunes por la mañana.

La lucha por las ocho horas fué larga y encarnizada, consiguiendo establecerlas muchos sindicatos. En 1924 los caldereros estaban ocupados de 44 a 54 horas por semana, según las regiones; los peones de la construcción, los mecánicos y los fundidores, de 44 a 51 horas; los chauffers, albañiles, carpinteros y metalúrgicos, de 44 a 48; los

compositores (imprentas de periódicos) de 42 a 48 horas; los impresores, de 40 a 48 horas; los compositores a mano y a máquina, los labrantes y los obreros de las construcciones en hierro, 44 horas. Por otra parte, los mineros organizados trabajaban por equipos de 8 horas en muchas cuencas; los trabajadores del vestido de los grandes centros han obtenido la semana de 44 horas y toda una serie de otras categorías han obtenido el mismo resultado.

Por regla general, aun la duración del trabajo de los obreros organizados, se distingue por su gran diversidad, porque lo más frecuente es que los contratos tengan un carácter local. No existe el sistema del contrato centralizado, como tampoco ley que limite la jornada de los adultos.

Los patronos perspicaces, tales como Henry Ford, han introducido ellos mismos la jornada de ocho horas, cuya indiscutible necesidad reconocieron. En estas empresas suele practicarse el sistema de dos o tres equipos, respetándose en general la jornada de ocho horas.

La duración del trabajo en la última década ha disminuído en numerosos Estados de la Federación americana. Todavía en 1913, ciertas categorías de peones de la construcción, mecánicos y fundidores, trabajaban 60 horas semanales. La semana de trabajo máximo era, en 1924, de 54 horas, en la única categoría de los caldereros, por haber obtenido ya en esta época los grandes sindicatos la jornada máxima semanal de 50 horas.

VIII

PARO

Hemos citado los datos sobre los salarios y la duración del trabajo. ¿Pero hay posibilidad de encontrar trabajo siempre? Si el obrero gana 6 dólares diarios trabajando 48 horas semanales, y está ocupado 310 días al año, puede ganar 1.800 dólares. ¿Pero tiene la posibilidad de trabajar los 310 días? En lo que concierne a muchas industrias tenemos que contestar negativamente.

El paro es un fenómeno muy corriente en la industria americana. En los años de prosperidad el porcentaje del paro cae de un 5 a un 6 por ciento, sin descender jamás de esta cifra porque el número de obreros parados es considerable. Los obreros ocupados durante las cosechas del trigo, frutas y legumbres, los de las fábricas de conservas, los trabajadores de la industria forestal, de la construcción, del vestido, etc., trabajan todos temporalmente. Algunos trabajos temporales duran sólo unas semanas; otros se prolongan algunos meses, pero siempre hay un momento en que los trabajos se paralizan por completo. En conjunto, hay en América 5 millones de obreros que trabajan por temporadas.

Aun en las industrias donde los trabajos tienen

un carácter permanente el paro es un fenómeno más o menos constante. Como resultado de cinco años de investigaciones, un bureau privado de estadística (The Russel Sate Foundation) llega a la conclusión de que un paro muy extenso adquiere en la actualidad carácter permanente. El informe evalúa el número de parados, según las estaciones, desde un millón; o más, a seis millones.

Las cifras sobre el paro en las diversas industrias han sido publicadas por el «United State Federal Reserve Board» (Boletín de Enero de 1925). Suponiendo iguales a 100 los datos de 1919, se tienen los siguientes índices de paro: 1920, 104; 1921, 83; 1922, 90; 1923, 101 y 1924, 94.

Otro índice de las fluctuaciones del paro en los Estados Unidos nos lo suministran los datos sobre el paro en las diversas industrias en Diciembre de 1924 (base de 1919-100). En la metalurgia, 83; textil, 92; serrerías, 112; automóviles, 82; construcción de vagones y talleres de reparaciones, 88; libro, 105; alimentación, 103; cueros y pieles, 79; canteras, tejas y fabricación de loza, 108; industria del tabaco, 87; productos químicos, 74. Mientras que en ciertas ramas industriales la cifra del paro es superior al nivel de 1919; en otras está por debajo en una proporción del 21 por ciento. El paro entre los mineros y los obreros de la construcción se

produce por saltos rápidos. En el transporte, la situación es más o menos estable.

IX

CONCLUSIÓN GENERAL

El lector poco al corriente de la vida económica de los Estados Unidos podrá difícilmente tener idea clara de la situación económica del obrero americano en general, porque es imposible dar un cuadro resumido de conjunto, comprensivo a la vez del minero del Estado de Illinois y del obrero de las plantaciones de algodón de la Carolina septentrional; del trabajador de la construcción de New-York y del conductor de Chicago; del criado de granja y del obrero fabricante de calzado. En los Estados Unidos, como en los demás grandes países, las condiciones de vida de los trabajadores se distinguen por su gran variedad, pero hay un hecho cierto: el número de obreros americanos que ganan fácilmente su minimum de existencia es muy limitado. La enorme mayoría se ve obligada a sostener enérgica lucha por la vida. La situación económica de los obreros estado-unidenses, en conjunto, es próximamente igual a la de los europeos. El obrero americano está obligado a sostener penosa lucha por el pan de cada día.

SCOTT NEARING





EMILIO CORNEJO CAMINERO
NOVELISTA Y POETA

TRAGEDIAS DEL TERRUÑO

No fué la sequía inexorable, como acostumbra por la meseta castellana. El amor laborioso de los hombres y la pluvial ternura de la Naturaleza prepararon durante toda la otoñada el prodigio de la anunciación en el agro. Bajo la superficie del suelo, yerto por los rigores invernales, las semillas experimentaron transformaciones misteriosas, metamorfosis químicas, y se produjo el milagro de la germinación y la tierra se entreabrió por todos sus poros en espasmo de alumbramiento.

Cuando la Primavera advino, los campos la recibieron engalanados con sus tapices y alfombras de esmeralda y con la gaya policromía de sus silvestres flores. Los días templados y las noches serenas, presididas por plácidas auroras llorosas de voluptuosidad, pusieron lozanías regocijantes y exuberancias prometedoras en la vegetación... A las primeras brisas estivales hubo un vigoroso estremecimiento de sabias nuevas en el agro, y las plantas y los arbustos y los árboles flo-

recieron en floración espléndida, anunciadora de óptimas cosechas.

La ubérrima campiña fué encanto de la vista y esperanza halagadora de la imaginación. En las huertas los frutos lucían sus botones hinchados o sus jugosas pulpas entre la fronda de los árboles, mientras las norias daban al viento el isócrono cantar de sus ruedas y palancas, y el agua se deslizaba reidora y juguetona por las acequias, yendo a perderse por los frondosos patatares en cuyos surcos unos hombres recios le trazaban el camino con sus azadas y aumentaban la corriente con sus sudores.

La sombra de Parmentier, el descubridor de la patata como alimento, tal vez paseaba complacida por las intersecciones de los espléndidos tablares. En la vega, en la quiñonada y en los camperos, los sembrados eran espesos bosques cereales donde las espigas se inclinaban sobre sus tallos a la pesantez de su prieta granazón. En las olivas y en las cepas los frutos asomaban copiosos y pujan-

tes por entre el verde gris de las ramas simbólicas de la paz y el intensivo verde de las pámpanas alegóricas del pudor.

El agro, impregnado de tranquilidades geórgicas, esplendía de belleza y magnificencia. Todo en él estaba alegre, todo cantaba... Cantaba el labriego, que veía próxima la compensación de sus afanes de todo un año; cantaban las aves y los insectos, enamorados de la luz y de la ufanía de los campos; cantaban las corrientes de las cañadas y arroyuelos; que se arrastraban entre sedosos musgos; cantaban las brincadoras esquilas de los ganados, bien nutridos por un pasto abundante, y hasta las campanas de la ciudad, cuyos toques llegaban a la campiña, parecía que cantaban en acción de gracias a la generosa y providente Naturaleza...

* * *

Y un día... Como si estuviera celoso de las magnificencias de la tierra, el cielo comenzó a encapotarse torvamente. La gaya claridad luminosa de azul índigo de oro cernido y verde esmeralda que iluminaba la campiña, desapareció como por ensalmo y se extendieron siniestras sombras, agoreras del cataclismo.

Las aves huyeron sobrecogidas y se callaron los cánticos campesinos. Barruntando la tormenta, las bestias de labor caminaban por el surco con las orejas gachas y mohinas, mientras los ganados buscaban, presurosos y amedrentados, el aprisco.

Soplaron huracanadas ráfagas que hicieron gemir la fronda agrícola y empezaron a descender gruesas y ardientes gotas de agua, que se aplastaban contra los objetos con leve sonido de palmetas. Sobre el horizonte la electricidad proyectó sus fulgores lívidos, y estalló ronco el trueno, que rodó por el llano ensordecedor y tremebundo.

De pronto, las gotas de agua se trocaron en piedras, que se multiplicaron inverosimilmente, que se espesaron en blanco cortinaje y cayeron en compacta masa que amenazaba cubrir la tierra. Los gañanes y campesinos refugiábanse en los casales próximos y bajo los carruajes de labor, en tanto que las bestias, lapidadas a cuerpo limpio, huían enloquecidas y en todas direcciones, y al fin se paraban, entontecidas y acobardadas por lo espantoso del fenómeno.

Caía, caía la lluvia blanca, como diluvio pétreo, como bíblico azote, como divina mal-

dición... Y a la violencia de su choque se desprendían las espigas trucas y desgranadas, y los árboles, las olivas y las cepas, despojados de frutos y follaje, levantaban al cielo sus desnudas ramas, como brazos clamantes en tal desolación...

* * *

Otro día, incubada en los vergonzosos desiertos esteparios que pueblan nuestro suelo, vomitada por las extensas paramías y latifundios nacionales, aparece en el horizonte, maculando la limpidez del cielo y oscureciendo la luz del sol, la fatídica nube de insectos voladores que, cual reguero de exterminio, pasó por los campos egipcios en las condenaciones bíblicas.

A la funesta aparición, que implica el peligro constante y la miseria de muchos años, los labradores tiemblan y se aprestan a la defensa. Pero es inútil todo... Como infinito enjambre de hambrientas fiercillas, la aterradora plaga cae sobre los campos, y las alegres huertas, con sus frutales abundosos y sus lozanos patatares, y la ufana campiña con sus pujantes viñedos y sus espesas siembras, quedan devastadas totalmente y ennegrecidas, como si un manto corrosivo y letal se hubiera tendido sobre ellas...

* * *

Y otro día, aún, las cataratas del cielo se volcarán impetuosas sobre la tierra... Por cañadas y torrenteras y ramblizos se precipitarán los raudales de agua que descenden de los montes pelados, sin un árbol, y la inundación se tenderá con los brazos abiertos sobre el río y correrá por la vega como furia desmelenada, destruyendo los caseríos, descuajando los árboles, arrastrando los ganados, arrasando los sembrados y los plantíos, saltando por los pretiles de los puentes y llevando hasta las ciudades la miseria y la destrucción...

* * *

Y los hijos del agro, combatidos así por la Naturaleza y abandonados por los Poderes Públicos, cultivarán otra vez la tierra con el mismo amor que fecunda, con la misma laboriosidad que fomenta, con el mismo admirable espíritu de sacrificio y de abnegación con que pueden redimirse los pueblos y alcanzar su grandeza y prosperidad...

EMILIO CORNEJO CAMINERO

LA FELICIDAD

Después de tres largas noches de vigilia, Juan Fernández se echó sobre el viejo sillón arrumbado en un ángulo del pasillo, con el ánimo decidido de dormir como un sochantre. Pero cuando empezaba a descabezar el primer sueño, su tía Ramona vino azorada, y en un santiamén, todavía lleno de modorra, le llevó hasta la alcoba paterna.

En el amplio lecho, entre almohadones y revueltas frazadas desteñidas, el viejo don Juan libraba la postrer batalla, en que a las claras iba de vencida su gastadísima humanidad de empleado caduco.

Con los ojos casi inmóviles y lucientes, como si en la córnea un geniecillo cruel hubiera derramado polvo de vidrio, el pobre moribundo parecía ver el camino de asfodelos que lleva al reino de las sombras. Y cuando sintió que llegaba su único hijo varón, incorporóse de súbito, y, tendiendo la mano, le invitó a sentarse. A ambos lados de la cama, las cuatro niñas de la casa—Lupe, Concha, Mercedes y María—lloraban de hinojos con un llanto lastimero y con sollozos de falsete. Trece años contaba la mayor y apenas dábase cuenta de aquel derrumbamiento del tronco proyecto que podría acarrearle desgracia tras desgracia.

Juan permanecía arrodillado también, y su tía Ramona y varias vecinas, hincadas un poco atrás de él, rezaban con angustia torturante. Se diría que intentaban acelerar la agonía del anciano.

—La bendición, la bendición; murmuró de pronto doña Ramona.

Mas el moribundo no estaba para oírla. Extendió el brazo vacilante y como si señalara una ruta invisible, dijo entre dientes:

—Hijo... La felicidad... Haz la felicidad de tus hermanas.

Y como Juan parecía no comprender, el viejo repitió en un soplo, ya con palabras que traían un timbre de ultratumba:

—Haz la felicidad...

Luego se distendieron sus miembros y

sus sesenta y seis años se apagaron en un último vagido.

* * *

Desde aquel día, Juan sólo tuvo un afán en la vida: hacer la felicidad de sus hermanas. Ingresó en una oficina pública, y como llevaba sobre la conciencia el encargo tremendo, volvióse tristón, y una vieja fuente de misericordia que heredara de su madre, muerta hacía años, inundó de sentimentalismo su corazón.

¿En qué consiste la felicidad?, se preguntaba mientras daba zancadas rumbo a la ergástula oficial. ¿Qué puede ser la felicidad para unas muchachas que no tienen otro gusto que ir al cine los domingos y que ni siquiera leen una novela de folletín?

Y en las noches, de retorno del trabajo, espíando los ojos azorados de Lupe, las facciones de Mercedes, la boca pulposa y bermeja de Concha, las negras crenchas de María, esperaba en vano hallar la suprema revelación. Le ayudaban en *el gasto*, cosían a toda hora, bordaban, una de ellas iba a la agencia de máquinas de escribir a aprender el oficio. Pero ¿la felicidad?

Y el mozo, que por sentirse cabeza de familia ponía un orgulloso gesto en su frente precozmente plegada, desfallecía de angustia. La persecución espiritual era terrible. La encomienda paterna se corporizaba, tomaba la forma ingénua y mística del dedo providencial que recordaba a Caín su fratricidio, y al confundirse entre la multitud, anhelaba, con un hondo anhelo, penetrar en el misterio oculto en las tinieblas. Se elevaba entonces un grito desgarrador del fondo de sus entrañas:

—Dios mío, ¿qué será la felicidad...?

* * *

La respuesta la tuvo dos años después del fallecimiento de su padre, y de una manera vulgar, cuando Lupe fué pedida en matrimonio por el hijo del boticario de la esquina de la calle en que moraba.

Para Juan significó el hecho un desencanto. Nunca creyó que la felicidad se hallara tan cerca, escondida entre el botamen farmacéutico, entre la ipecacuana y el Bálsamo Tranquilo.

Los días que pidió para resolver el asunto fueron de enorme trabajo intelectual para él. ¿Estoy seguro—se preguntaba sinceramente—de que mi hermana va a ser feliz? Y como no llegara a una conclusión satisfactoria, terminado el plazo, hubo de resignarse a dejar todo en manos del Destino. Haría la prueba, sacrificaría a la primera. Después... Y como la prueba resultó satisfactoria, el día en que Concha y Mercedes tomaron la misma senda, no dudó un momento de que su padre guiaba a la familia en pos de la ventura...

Entretanto, Juan, celoso de la ajena, había descuidado su propia felicidad, y no fué sino hasta una noche de junio cuando cayó en la cuenta de que se volvía viejo y que encanecían sus sienes. Ni siquiera había derrochado su juventud; ni siquiera había tenido tiempo de ir regando, en su modesta esfera de Buckingham de vecindad, gemas de ilusión por la vida, «por la carretera de polvo y de lágrimas» de su mísera existencia de burócrata.

Y esa noche de junio, blanca de luna y aromada como una hetaira, pasaba por la Alameda. En las sendas románticas cruzaban las parejas en un sueño de ternura; las cabezas se juntaban, los besos se rompían en la penumbra como cápsulas que crepitan en la siesta de los trópicos; flotaba en la atmósfera un perfume inefable de mujer y de rosa abierta en las sombras y sobre los árboles dormidos las estrellitas mostraban sus triángulos de cristal.

Juan experimentó el encanto del paisaje. Le embrujó el hechizo de la hora, y agravaron su enloquecimiento las pupilas de una señorita de obrador, que, al pasar a su vera, pareció invitarle al goce divino. El infeliz empleado titubeó, pero al dar los primeros pasos en seguimiento de la sirena, recordó su deber.

—¡Imposible...! Aún queda María... La felicidad de María antes que nada.

Y continuó el camino rumbo a su casa. Iba más triste que nunca, como si a su oído fuera cantando el trágico pájaro del poeta su augural estribillo:

¡Never more! ¡Nunca jamás! ¡Nunca jamás!

* * *

La temporada de «posadas» en aquella vecindad de la Merced, misma en que vivía Juan con su única hermana soltera, transcurría espléndidamente. Se bailaba en el patio, entre las macetas y junto a la fuente, cabe

el hediondo zaquizamí de la «casera» y a la vera de los lavaderos que, al fulgor de los farolillos venecianos, chispeaban como espejos.

En el número 3, la vivienda más amplia de la casona, tres flarmónicos de arrabal destrozaban las piezas de moda, y a sus sonos, María danzaba y danzaba en los brazos de un mozalbete, que, a menudo, desaparecía en los callejones sombreros y regresaba cargado de «ponches» y de copitas llenas de licor.

El viento nocturno hacía temblar los festones y cadenas de papel de China que, tendidos de una a otra pared, ponían su gracia polícroma en el horror de los muros desportillados, cruzados por las grietas y maculados por la pringue de toda aquella miseria. Parpadeaban los candiles trepados en lo alto de los pretiles, pero sobre todo ello, el Amor, taumaturgo ideal, triunfaba y regaba bellezas, transformando aquel escenario del proletariado ciudadano en un feérico rincón propicio a las grandes expansiones del alma.

Juan, tumbado en un montón de vigas que servía de asiento a la concurrencia, miraba el trivial espectáculo y contemplaba cómo, bajo la noche nevada de luceros, en el frío decembrino, se buscaban los ojos con ansia y se enlazaban las manos febrilmente. Un corro locuaz de muchachas lo sacó de su meditación. Su espíritu ingenuo y torturado salió como un monarca sin trono de la torre de marfil del Ensueño, e inquirió. María iba a la cabeza del grupo moceril y dijo:

—Juanito: las muchachas quieren que la Nochebuena se haga en la casa. ¿Verdad que tú no te opones?

Juan sonrió con una sonrisa desmayada. ¿Por qué se había de oponer? ¿No estaba encargado de la felicidad de su hermana...? Y asintió de buen grado y le pareció sentir un calorillo agradable en todo su ser, como cuando a hurtadillas iba a «echarse una de tequila».

Dilapidó sus cortísimos ahorros, pero convirtió su vivienda en un paraje paradisiaco. Por lo menos así lo aseguraron los invitados, al ver la sala de la casa en la Nochebuena. Arrumbáronse mesa y rinconeras a la azotehuela, anduvo diligente la escoba por los rincones y cielo raso, y las manos de su hermana se dieron maña para tender guías de heno salpicadas de flores de papel desde el centro a las esquinas de la pieza. Los globos multicolores lucían como ojazos de genios ignotos y la brea asperjada en los adorantes ramos de pino tenía cintilaciones astrales. Una gracia celeste caía de las estrellas de rabo suspendidas sobre el portal, y los Santos Peregrinos iban por la senda de égloga seguidos por zagalones mofletudos y pastoras risoterías.

Bailábase todo y como se podía, y a la media noche, el humo de los cigarros y la escasez del petróleo daban a la pieza el aspecto de uno de esos sótanos descritos en las novelas de ultrarromanticismo parisiense, en las citas de marqueses perversos con criminales a sueldo.

Adivinó entonces Juan que María estaba contenta, con un contento ruidoso a veces, que se traducía en carcajadas jubilosas, tranquilo a instantes, cuando hundía la cabecita en el hombro del mocetón aquel que no la dejaba ni un momento. Ella había quebrado la «piñata» y aún traía en la cabeza cascaritas de cacahuets y algunos confites que semejaban en sus trenzas corvinas pequeñas cuentas de aguas lechosas.

Y la presunción del jefe de la casa tomó visos de convencimiento absoluto, cuando al pasar la pareja junto a él, oyó a su hermana que decía, juntando su cuerpo al de su novio:

—¡Soy tan feliz, tan feliz...!—y cerraba los ojuelos negros para contemplar el jardín interior florecido en una primavera súbita, en aquella noche en que el niño de Belén temblaba de frío ante el pasmo manso de la musa pasiva y del buey rumiador y familiar.

A las dos de la mañana se hizo el silencio en la sala, y María, acompañada de su novio, pidió a su hermano permiso para casarse, permiso que confirmó aquél en medio de la zambra armada por la concurrencia y del

estrepitoso zumbar de los «banjos» que tocaban «Un viejo amor».

Y Juan, dirigiendo una mirada húmeda al retrato de su padre, que presidía aquella Navidad truculenta desde lo alto de la pared y entre la irreverente invasión de guías y de cadenas chillantes, concedió su venia. La «diana» fué bailada en seguida, y después empezó el desfile de invitados...

Penetraban las luces del amanecer, cuando Juan se halló solo en la sala. El crepúsculo matutino deshojaba sus primeras violetas y alumbraba, con una claridad como de paisaje de luna, la pieza llena de confetti, de fragmentos de papel, de horquillas, de cáscaras y de máculas de vino. Un farol quemado pendía sobre la puerta como un sarcasmo, y en una silla había, junto a un chal manchado de parafina, un pedazo de encaje.

* * *

Entraban con la dulzura matinal los toques cristianos de las campanas que cantaban el nacimiento del Mesías. Y entonces, Juan, sintiendo que su misión estaba cumplida, a costa del supremo sacrificio de su juventud, volvió los ojos al retrato de su padre. Y cruzándose de brazos, y casi llorando, preguntó a la venerada efigie:

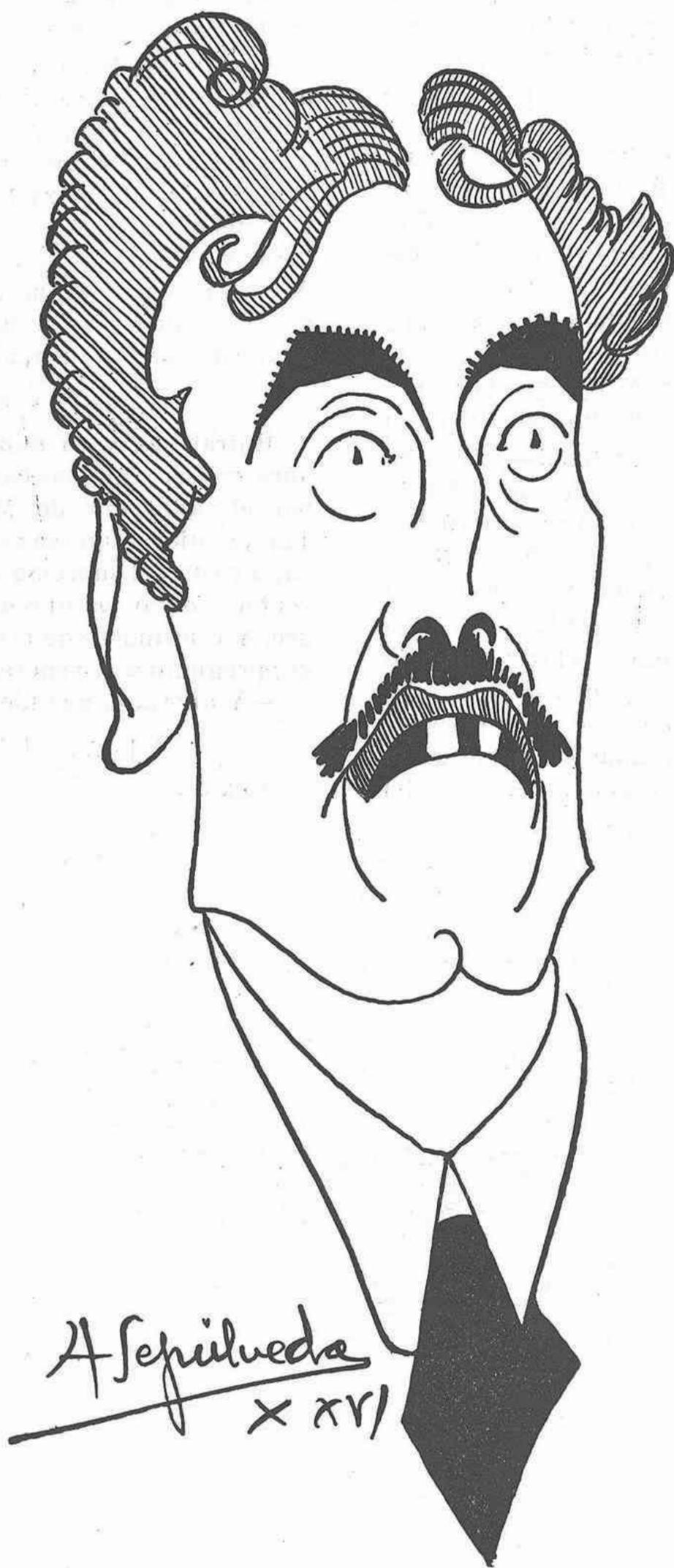
—Y ahora, ¿a mí quien me hace feliz?

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

México.



NUESTROS ESCRITORES



CANSINOS ASSÉNS

por A. Sepúlveda.

SISTEMATIZACIONES

VITUALLA NACIONALISTA

EL TONO ÓPTIMO

Don José María Salaverría es el escritor que más se distingue instrumentando el tópico tradicionalista. En la hora actual, se recorta hercúleamente en el sentido de un hidrófobo nacionalismo y es quien dirige y promueve esos vientos de presunta tonificación española que tienen por puntuación genérica, el tono jovial, la fe en el Destino, y una frecuente orquestación de las figuras y glorias pretéritas.

Muerto don Marcelino Menéndez y Pelayo, los elementos amigos de la tradición—entiéndase de la peor tradición—se resguardaron bajo la égida y blindaje que les ofrecía el cerebro de Julián Juderías, autor de la famosa obra «La leyenda negra» cuyas páginas se muestran al lector pobladas de hechos históricos europeos en acción y causa comparativa y repletas de centenares de documentos de favorecimiento hispano.

A tan altos y pacientes bibliómanos corresponde de salto y porrazo subrayando la prócer empresa el literato y periodista señor Salaverría, que si no tiene como intelectual la talla de don Marcelino, ni una erudición tan vasta y aceptable como la integrada por Juderías, no le faltan en cambio, ardores para el ataque y mucho menos potencias de afirmación lírica.

Con estas virtudes naturales por rodela y lanza le basta para barrer de la vida nacional lo que él ha dado en llamar «obra negativa» con su orla de conceptos vituperables: «tranquillo», «masoquismo», «autodesprecio», etcétera.....

Al iniciarse en la «afirmación española» allá por los años medios del pasado decenio, le vemos despeñarse intelectualmente al repartir mandobles a destajo contra los separatistas y principalmente, a los hombres surgidos en los días de amargura y llanto finisecular.

Su pluma vibra y gime de esta singular manera: España yace impedida y atribulada

en el potro, torturada por el feroz grillete que encarna el espíritu iconoclasta e irreverente de los «negadores» noventaiochocentistas.

La tarea crítica a que se entregó la generación del 98, observada a través del ángulo visual de Salaverría, es una labor que se cierne sobre el mapa de España en concepto abrasador, amenazando con cegar las fuentes vivas de su proverbial heroísmo y genésica virtud. Es una crítica que, en rigor, hierde el rostro y sofoca el alma de manera parecida a las arenas que levantan y azotan los ventarrones del Desierto.

* * *

Leer un artículo del bizarro campeón, es tanto como hacerse cargo de que se ha digerido el planisferio substancial de uno de sus libros. En el volumen «La afirmación española» lo mismo tiene comenzar la lectura por la primera de las hojas, que abrirle por el centro, como leer las líneas del capítulo posttrimero. Todo es lo mismo. Idéntica la expresión—Salaverría no dispone más que de una sola tinta y único ritmo—similar la simpleza idearia, uniforme el rasgamiento del «concepto negativo».

Pero vengamos a razones de peso. Conocer a España geográficamente, estudiar día por día todos sus movimientos y elevarse espiritualmente en esta tarea hasta llegar a formar parte del séquito ilustre de personalidades extranjeras ¿no es amarla, sentirla en el corazón y condecorarla?

¿Quién será el verdadero patriota, el que se desvela proyectando en los libros el valor real de las instituciones, el aguafuerte del paisaje, la riqueza artística, el grado de capacidad idearia que rige en la masa, la historia, las ciudades, los monumentos, los pueblos, los hombres, la vida, en suma, sujeto a la verdad auscultativa, fiel al análisis que arroja la visión directa, o el que sin otro

auxilio objetivo que el favor burocrático, sin otra documentación de la materia que una superficialidad y espíritu gregario, exalta, y exalta oficiosamente y para mayor mal horror hasta de envergadura mental?

Santiago Ramón y Cajal, ¿no nos pinta nuestro atraso como Universidad y aún como pueblo en el segundo de sus libros «Recuerdos de mi vida» cuando visita asombrado los centros de cultura europea y norteamericana?

¿Puede tacharse al eminente histólogo de antipatriota por el hecho de enumerar los adelantos extranjeros que observó y equipararlos a los mortecinos destellos de la vida española? Cuando el desastre cubano ¿no participó del llanto y se mostró partidario de la voz henchida de cálido nacionalismo que salía del pecho de Joaquín Costa?

¿Porqué clase de hombres e ideas puede advenir al pueblo español la saludable reacción sino por los que al mismo tiempo que señalan defectos, con el fin de que se reparen, procuran elevar su rango universalmente?

No, voceros de la vida muerta. El espíritu de la generación noventaiochocentista es el mayor bien que ha caído sobre España y por amor a ella hay que mantenerle siempre latente. Merced a esos hombres que formaron entonces el núcleo de vanguardia se debe el aprecio y consideración que España empieza a recobrar en los continentes americanos y europeos. A la sombra de su método de trabajo y señalamiento de articulación interior, se fueron formando las nuevas generaciones de artistas, de profesores, escritores y científicos, que hoy gozan de prestigio universal y se va despertando España entera de su secular modorra.

Decid: ¿a qué valores hispanos se estima en el extranjero que no sean esos de la generación aludida o a los que se educaron en el corazón de sus aulas? ¿Con quién convive el genio extrapeninsular cuando nos visita sino

es con los noventaiochocentistas? Las reformas del claustro universitario, el paso progresivo que notamos hoy en la vida nacional no se debe a otra causa que al 98 convertido en espuela, en vigía, y en azotador constante. ¿Qué fué y qué representa aún el grito de aquella fecha luctuosa sino el dolor de la superación?

Si un estudiante de lejanos países quisiera conocer la España moderna ¿qué monografías, qué volúmenes le recomendaríamos que reflejasen con mayor exactitud las modalidades diversas y quintaesencia de nuestro genio y pueblo? ¿No habría que recurrir a los de esos hombres del 98?

A ver, dadnos orientaciones. Mostradnos tratados dignos, valores esenciales para conocerlos y reverenciarlos. Declaradnos: aquí hay una obra, un español que no pertenece a esa «fauna de negadores» que tanto admiráis, que ha recorrido inflamado por la idea de patria toda la tierra peninsular, que ha inventariado la riqueza artística, que ha profundizado en el alma de los pueblos, que se ha detenido ante la gama paisajista y que muestra, por último, las rutas del pasado caballeresco.

La pléyade que cobija el Centro de Estudios Históricos ¿por qué espíritu se mueve sino por el trazado a raíz del novecientos? Los mejores físicos, matemáticos y biólogos ¿a qué escuela pertenecen?

Y, para terminar, ¿qué habéis hecho vosotros por España? ¿Cuándo os aproximastéis al pueblo para instruirle? ¿Le enseñastéis algo por rara vez? ¿Ante qué auditorios desdoblastéis las maravillas que encierra el Arte, los secretos de la Historia y el grave esoterismo de la Ciencia?

Cuando dejéis de ser chirriantes cigarras y aportéis trabajo y espíritu vivo al acervo español, entonces os admiraremos y entenderemos vuestras pláticas en un sentido más erecto.



LIBROS

«Estampas de la vida en León durante el siglo X», por Claudio Sánchez-Albornoz y Mendiña con un prólogo sobre el habla de la época por Ramón Menéndez Pidal. — Tipografía de la «Revista de Archivos» 1926 un vol. in. 4.º VII-211 pág.

Claudio Sánchez-Albornoz es una de las figuras de más relieve del joven profesorado universitario español. Catedrático e investigador por vocación, pertenece a la última generación que recibió las enseñanzas de Hinojosa, y en la actualidad desempeña precisamente la misma cátedra que explicaba el maestro ganada en buena lid por oposición. En muy pocos años desarrolló una actividad y una capacidad de trabajo que le llevaron a alcanzar verdadero prestigio entre nuestros historiadores.

La Real Academia de la Historia (que como las demás Academias no siempre se compone de Generales y políticos) ha querido premiar esta labor eligiéndole como uno de sus miembros.

Sus publicaciones sólidas, escrupulosas, e inspiradas en una crítica serena, revelan un espíritu fino y penetrante, que ha de dar a España sin duda discípulos y obras duraderas. Con Galo Sánchez (otro de nuestros jóvenes historiadores de formación verdaderamente sólida) Otos, Carande, Ramos, Prieto, etc., etc., publica el Anuario de Historia del Derecho Español obra que honra verdaderamente a la cultura patria y en la que al fin comienza a publicar sus trabajos esa figura genial, de inteligencia exquisita que ya en la madurez permanecía inédita a pesar de los muchos años de estudio paciente, nos referimos a D. Laureano Diez Canseco.

Como todo espíritu enamorado de la investigación y ansioso de crear, Sánchez Albornoz ha penetrado varios temas de nuestra Historia en relación unos con otros, de tal manera que, los resultados son más fecundos y originales, abarcando a un mismo tiempo el conjunto y los detalles, hasta en los rincones

más apartados u oscuros de nuestro pasado medieval.

El historiador a través de cuyas diversas investigaciones no se percibe una cierta filogenésis es por lo general una inteligencia débil, o un espíritu superficial que no se siente capaz de dominar seriamente dificultades y problemas. En las «Estampas de la vida en León hace mil años», se descubre la persistencia y continuidad de una labor. En efecto, el autor, al mismo tiempo que va libando de entre una balumba de documentos, las costumbres de los leoneses contemporáneos de D. Ramiro III, se detiene en numerosos pasajes de su libro, en incisivos breves, que nos muestran algún problema interesante y todavía oscuro de nuestra Historia medieval; la índole y extensión del libro no le permiten tratar debidamente estos problemas, el autor remite al lector a sus obras en preparación «Covadonga» e «Instituciones del reino asturleonés» o bien a otras ya publicadas como «Las Behetrías».

Otra de las cosas que resalta en la obra de Albornoz es la documentación abundante y seleccionada. Todo el que haya intentado investigar, con alguna conciencia de lo que es esta labor, habrá comprendido pronto que en este aspecto, la dificultad no está en el número, sino en la calidad y significación de los documentos, que no a todos *dicen* lo mismo, y que, sólo se muestran dóciles y comunicativos con aquellos que poseen ese alto don de saber *leer entre líneas* (suprema aspiración de todo historiador) que tan pronto distingue los acarreadores, de los productores de la ciencia, a pesar de las habilidades y disfraces con que algunos escriben.

El Sr. Sánchez-Albornoz ha meditado detenidamente una cuestión, ha consultado libros y documentos, los ha confrontado y examinado escrupulosamente, ha obtenido al fin un resultado. Esto no le basta, ha vuelto a pesar sus consecuencias, a reflexionar una y otra vez sobre él; unas palabras escuetas, precisas, claras, dibujan sobriamente una silueta limpia que transmite al lector un concepto o una idea originales. En lugar de la divagación, del discurso vano, de la lírica ramplona y descom-

puesta, surge un objeto bello, ordenado, bien construido.

Muchas personas cultas de nuestros días a las que alcanzó de una manera directa o refleja el ambiente producido por nuestra corriente romántica, se escandalizaban hace algunos años ante las modas metodológicas que de afuera nos traían algunos forjadores de la nueva ciencia española. Quien encontraba este artículo o aquel libro pedantescos, escuetos o fríos. Las palabras *científico*, *metodología*, sonaban tratándose de Historia, en los oídos de muchos, como algo molesto o vacío. Se echaban de menos las grandes síntesis, los libros brillantes y declamatorios, eternos corruptores de nuestra juventud estudiosa, creadores de falsos valores condecorables, academizables, ministrables...

No se comprendía que la labor histórica de construcción y de síntesis, requiere antes el acopio de materiales, luego, la discusión de su valor como fuentes, después, el esclarecimiento previo de incidencias y cuestiones especialísimas, que no por lo modesto de su apariencia dejaban de ser a veces fundamentales. La labor callada de unos cuantos estudiosos que en libros, boletines, y revistas, fueron publicando códices, cartularios, y documentos de todas clases, así como artículos o trabajos monográficos sobre temas concretos, preparó el terreno a la nueva generación; y aunque mucho falta que hacer todavía en este sentido, ya se pueden intentar reconstrucciones históricas de algunos aspectos y momentos de la vida española, aunque algunas veces haya que ser en parte, obrero y arquitecto a un tiempo para levantar el edificio.

En este momento no basta ser investigador, hay que ser también literato, artista, creador en una palabra. Comienzan entonces nuevas dificultades, de las que, la mayor acaso, se oculta tras de una interrogación como ésta ¿en qué grado han de ir supeditadas la crítica y la metodología al elemento artístico?

El cuadro evocador, la estampa, para alcanzar valor histórico deben huír de amaneramientos y formalismos, hay que dibujar con tino y justeza; en cuanto al empleo del color, la paleta brillante deberá revelarse sólo cuando exista en el modelo la policromía, de no ser así antes el diseño incompleto que el óleo falso y chillón.

Tales circunstancias aparecen en el libro de Sánchez-Albornoz. Con una sinceridad a toda prueba llena sobriamente los abismos o lagunas, sin abusar de la imaginación, y saliendo al paso a los recelosos del elemento fantástico escribe: «No tema el lector, sin embargo, que mi fantasía se desborde. No quiero hacer novela sino historia, y así como los filólogos publican los textos restaurados en forma tal que siempre pueda distinguirse lo nuevo de lo viejo, así yo procuraré ofrecer al pie

de cada página los testimonios necesarios para mostrar a cada paso las bases de mi aserto.»

* * *

Después de un interesantísimo prólogo sobre los orígenes del dialecto leonés escrito por la mayor autoridad del día en esta materia, D. Ramón Menéndez Pidal, y de una breve *Advertencia* del autor, se suceden a modo de otros tantos capítulos unas cuantas *estampas* respondiendo a los siguientes temas o asuntos: «La ciudad y su historia»; «El mercado»; «La corte en León»; «En vísperas de guerra»; «Una casa y una corte»; «Un yantar y una plática»; «León después del siglo X».

No nos sería posible describir cada una de ellas sin dar una impresión pobre y lejana de lo que en realidad son. Sólo leyendo el libro se adquiere la sensación justa de su dibujo, color y ambiente.

La estampa en que se pinta el mercado mejor podría llamársela cuadro. El color interviene en efecto en ella con sobriedad y excelente entonación. Se percibe con claridad el abigarrado conjunto que ofrecería una feria medieval; se distinguen en ella las personas, los próceres, los mercaderes judíos, los caballeros, los siervos, el sayón, el hortelano, el vinatero, el vendedor de volatería... De las comarcas del Norte bajan a confundirse con los leoneses, gallegos y asturianos. Se charla, se discuten los precios de los bueyes, los caballos, los trillos, carros y demás aperos de labranza. En medio de estas movidas escenas normales u ordinarias, algún suceso extraordinario conmueve el mercado desplazando los curiosos hacia un lugar; es un judío que ha prendado la yegua de un infanzón del Conde de Luna que le debe dinero. El infanzón amenaza con la espada, el judío vocea sin soltar la caballería, al fin el sayón interviene restableciendo el orden, y la masa de curiosos se dispersa.

La estampa titulada «La corte en León», es igualmente evocadora. Respondiendo al ambiente propio del asunto la composición es más ordenada y solemne, se percibe en ella el ritmo del ceremonial a que se ajustaría una *asamblea plena* en la corte de D. Ramiro. Se destacan los ropajes ricos y vistosos de los magnates y altos dignatarios eclesiásticos al lado de otros modestos que viste el personal que compone su séquito. Se ve al Rey entrar en el estrado donde se va a celebrar la asamblea, sentarse en el ancho sillón tallado en recuadros, ornamentados ricamente con hueso y plata, a los príncipes, magnates, condes de palacio y la *militia regis*... pero a qué seguir describiendo pobremente por nuestra cuenta, leed las páginas exquisitas del libro de Sánchez-Albornoz y os trasladaréis de pronto a la corte de León hacia el año mil.

J. URÍA.

«Enigma y Símbolo», por María Enriqueta.— Colección Contemporánea, Espasa-Calpe :-: :-: :-: :-:

Cuando aún persisten y se renuevan los ecos encomiásticos con que la crítica de todos los países acogió, hace tres meses, la aparición de «El misterio de su muerte», la postrera obra de la insigne escritora mexicana, honra de la raza y el idioma, he aquí que ésta, de día en día más activa en el cultivo de las letras, nos ofrece otro libro nuevo, análogo en orden a su género y méritos al anterior: «Enigma y Símbolo». Con él, María Enriqueta, que como poetisa ya había culminado con esplendor meridiano en el Parnaso español contemporáneo, reafirma sus altas dotes de prosadora impecable, de elevada inspiración y exquisito estilo. Y es que la mujer artista, cuando es de la fuerte, de la excepcional alcurnia mental y del amor al ideal, a la bondad y a la belleza que esta ilustre portalira con lo que siempre consigue crearse personalidad propia de firme relieve inconfundible que desafía absurdas corrientes de innovadores modernismos—, sobre valer para el Arte más que las gemas de que hablaba Salomón, logra destacar su estilo, que en la mujer acaso más que en el hombre es siempre exponente del propio *ego*, lo mismo con los emotivos cantos en verso que mediante las sensitivas narraciones en prosa.

Estas dos obras, maravillosamente bellas, intensas y complejas, que parecen renovar, remozando las humanas inquietudes que siempre albergó el alma humana, la técnica y el sentido novelesco contemporáneo; estas preces literarias, recias y dulces transcendentales y amenas a la vez como la vida misma, que en ellas aparece reflejada en sus varios matices con aquella justeza que metafóricamente pedía Stendhal para la novela, al establecer el símil entre ella y el espejo que se enfoca a lo largo de un camino; estos dos libros magníficos con que Espasa-Calpe enriquece su famosa «Colección Contemporánea», imprimiendo en ella la nota de aguda feminidad que en la misma faltaba, aparecen, decimos, en los precisos momentos en que la gran escritora ha conseguido, entre tantos triunfos, uno en extremo significativo: el que implica haber sido elegida su novela «El secreto» para representar a la literatura de lengua española—la literatura femenina—en la serie de obras maestras de «Les Cahiers Feminins» que se publican en París. A este certamen, cuyo jurado estuvo constituido por prestigios de universal renombre, concurren todas las grandes escritoras españolas y americanas.

De «novelas vividas y soñadas» se compone, según palabras de un esclarecido crítico, el libro que nos ocupa, adjetivación que cabe

aplicar igualmente a toda la labor novelística de María Enriqueta, quien alcanza, a lo largo de ella, idéntica nota apasionada y vibrante de su diapason emotivo. «Enigma y Símbolo» es un breviario en el que refulge la gama de fantasía y ensueño de la gran poetisa, que al cruzar por diversos horizontes, escucha en todos la armoniosa llamada interior que le dicta su eterno leimotivo de inspiración. El amor, alma del mundo en la feliz expresión de otro gran poeta de feliz recuerdo, es en los personajes de María Enriqueta—dotados todos ellos de singular optimismo comprensivo del sentido de la vida y del *más allá*; que renuncian a las falsas vanidades e intuyen el bien—, la esencia de los magníficos caracteres y situaciones que la genial artista crea y estereotipa de mano maestra. Con esa forma sencilla, llana, en ella peculiar; con una limpieza de estilo y una armonía que contados escritores de hoy pueden alcanzar, la autora de «Enigma y Símbolo» consigue siempre la amenidad, el quintaesenciado lirismo, a la vez eterno y humano, en sus creaciones. El interés del lector que se adentra en las páginas insuperables de estos libros, adquiere proporciones insospechadas. Lo que es María Enriqueta se sintetiza de forma magnífica en las siguientes líneas con que otro ilustre poeta, don Juan de Contreras, Marqués de Lozoya, juzga a la autora de «Enigma y Símbolo». Hélas aquí: «Con elegante sobriedad de buena cepa española, María Enriqueta describe magistralmente las más recónditas sutilezas del alma humana, tan rica en facetas y matices. Viendo el maravilloso genio poético de esta escritora, afirmo mi creencia de que en todas las Españas de acá y de allá de los mares no se escribe por mano de mujer poemas de tan exquisita calidad y de tan alta perfección como los de María Enriqueta.»

* * *

Literatura españolista. - «La Isla de Oro»

Actualmente es dado observar un notable renacimiento en la afición por los tópicos del suelo y la estirpe hispanos, siempre eternos cuando encarnan el genuino sentido de aquéllos. Esta afirmación, que, sabida por muchos, les conduce a afirmar que «España está de moda», al ver cómo obtienen la atención de los públicos extranjeros, entre otras cosas, los cuadros y las películas cinematográficas representativas de paisajes u otros motivos españoles, podemos hacerla extensiva a la literatura, que es, acaso, en donde mayor grado, y desde luego más significativamente, se echa de ver. Y lo notable del caso es que ese renacimiento es paralelo en España y en el extranjero; esto es, que se publican aquí y en los demás países más libros que nunca basados en el leimotivo emocional o descriptivo ibérico.

Estas consideraciones nos hacíamos los días pasados al recontar, imaginativamente, los libros de tal índole que han aparecido recientemente, y al constatar la importancia, en número y calidad, de los salidos a luz en Inglaterra, por ejemplo, el país más hispanófilo de siempre, sin duda alguna, en donde de poco tiempo a esta parte han surgido célebres escritores preocupados por el solar hispano, que, como Merimée, Borrow, Gautier y otros extranjeros ayer, vinieron a conocer, para luego trasladar sus impresiones, por lo general encomiásticas, a sus libros.

Inglaterra es, como decimos, el país en que se nota más marcadamente esa espontánea e individual corriente hispanófila. Escritores del prestigio y la nombradía de Haveloc Ellis, Merriman, Shelley y Chamberlain acaban de publicar sendos libros de exaltación española.

El más interesante de todos ellos es el titulado «The Soul of Spain» (*El alma de España*), por el primero de los citados escritores, Haveloc Ellis. Todo él es un canto a la belleza emotiva del paisaje, a la evocación del suelo español y de las simpatías que despierta, aun para un extranjero, la añoranza de nuestro pasado de gestas bizarras. La obra es extensa. Por lo general, conságrase cada uno de sus capítulos a la impresión descriptiva de una vetusta ciudad castellana que, como Segovia, Toledo, Salamanca, Burgos, Avila, Medina, Cuenca, etc., son verdaderos relicarios de Arte y ensueño. Leyendo este libro admirable da grima ver cómo es tan reducido el número de los españoles que lo conocen, siendo así que tal breviario de españolismo debiera haber sido traducido a nuestro idioma apenas aparecido, no ha muchos meses. Brindamos la idea de su publicación en castellano a uno de los más cultos y entusiastas editores de Barcelona y de España: don Ramón de S. N. Araluce.

Pero aquí en España también renace, como al comienzo decimos la producción literaria inspirada en la exaltación de nuestro suelo, en la descripción de las ignoradas bellezas naturales o monumentales esparcidas por los rincones milenarios; en la divulgación de momentos de nuestro pasado histórico, y de costumbres u otras manifestaciones de nuestro folk-lore, sin duda alguna el primero del mundo. Eugenio Noel, el maestro insigne a quien tan poca justicia se hace, nos ofrece, de cuando en vez, un nuevo volumen de sus *aguafuertes* admirables, en los que revive el adormecida alma de la raza y del paisaje. Blasco Ibáñez, Baroja, Pérez de Ayala, Gabriel Miró y otros novelistas enmarcan la dispar acción de sus narraciones en escenarios de distintas regiones españolas, siendo intérpretes, por ende, en sus creaciones, del carácter y el ambiente valenciano, vasco, castellano-

astur y levantino, respectivamente. Hasta un ilustre escritor de hoy, que tanto debe ser considerado historiador como novelista: Alfonso Danvila, ofrece con su serie *Las luchas fratricidas* una magnífica reconstrucción del pasado, en la que maravillosamente se adunan la pintura del suelo de las regiones catalana y levantina con el análisis del carácter y psicología de sus gentes y el enjuiciamiento crítico de la guerra de Sucesión.

Una región maravillosa por su poder evocador, por el sortilegio de encanto con que ofrece su belleza en luz y horizontes: Mallorca, ha servido a un brillante escritor, vinculado en origen y afinidad espiritual con la misma, para escribir una admirable novela, «de pasión y de paisajes»—así la subtitula el propio autor—rotulada simbólicamente *La Isla de Oro*. Ese escritor es Mario Verdaguer, y a fe que, aunque no hubiera escrito otros libros admirables, merecería, con haber creado el magnífico que nos ocupa, plaza de maestro de las letras españolas actuales. *La Isla de Oro*, como ya reza el subtítulo, no es sólo la descripción pulcra, vibrante, que el hijo de la tierra balear traza como cántico entusiasta de la misma, al estar enamorado de la paganía de su naturaleza exultante y prócer, que ayer cautivó, entre otros, a un Musset, a un Jorge Sand, a un Rubén Darío, sino toda una novela maestra de irreprochable factura, ejecutada con tan hábil dominio de la técnica como límpido estilo. Su profundo sentido moderno, en el que lucen las audacias retóricas de D' Annunzio y la exuberancia pictórica de Blasco Ibáñez, no es óbice para que al través de su trama aparezcan tanto los sencillos pasajes de autobiografía como los difíciles momentos en que se debaten tumultuosamente las más opuestas pasiones, que fluyen a veces como por arte de ensueño, en un conjunto o mundo de *dramatis personæ* cosmopolita y paradójica, que creador de las más opuestas situaciones.

Precisamente hacía pocos días que habíamos leído uno de esos libros extranjeros sobre asunto español a que anteriormente hacíamos referencia: el titulado *Mallorca*, por H. C. Shelley (Edición de Methuen, Londres), obra en que se describe la vida del famoso archiduque Luis Salvador en Baleares, cuando llegó a nuestras manos, en doble ejemplar, cariñosamente dedicado, del autor y del editor, *La Isla de Oro*. Y medimos la diferencia en mérito artístico entre ambas obras. La de Mario Verdaguer, que reafirma con ella su prestigio de maestro de la novela regional, es de la categoría de las de los autores españoles anteriormente nombrados. No cede en perfección y maestría a muchas de las de ellos. Bien quisiéramos hablar aquí con la extensión que merece tal libro: referir, siquiera a grandes trazos, su trama, su leitmotiv, e ir apuntando

aciertos, soltura, agilidad verbal e intensidad emotiva de cada uno de sus diversos momentos, todos ellos culminantes de belleza. Sirvan las presentes líneas para señalar la aparición de una de las mejores novelas de estos tiempos, y de saludo a uno de los más capacitados novelistas de la nueva generación, destinado, sin duda alguna, a imponer los fueros de su arte, sin olvidar el aplauso al editor señor Balagué, que inicia con *La Isla de Oro* su «Colección Topacio», con la que, así como con otras brillantes ediciones, nimba de prestigio su empresa artística y cultural con la «Editorial Lux».

ANGEL DOTOR

«Ideario», por Ricardo Mella.

Si en el ambiente libertario español hubiese intensa curiosidad intelectual, este libro de Ricardo Mella, que acaba de salir de las prensas en Gijón, obtendría un éxito sin precedentes.

Ricardo Mella no es, entre los que dicen pensar como él, bien conocido. Se le ha leído poco, y se le ha comentado menos aún. No, sin duda, por desdén. Sí por falta de apetencia de saber. Bastaría que hubiese el deseo de conocer a fondo los problemas, para que un libro de Mella ocasionara sinnúmero de comentarios. Tan densos son, cuantos salieron de su pluma, en sugerencias de toda clase y naturaleza.

Más denso que todos, este *Ideario*. Se reúne en él, certeramente, lo más personal que salió de su pluma, lo más contradictorio, lo más henchido de sustancia.

No se tenga prevención contra el término contradictorio. Es justo y significa un acabado elogio. Cuando el pensamiento propio está siempre insatisfecho de sus conclusiones, por un ansia de mayor certeza, las contradicciones surgen impetuosas, con una vida admirable. Ocultarlas sería cobardía y superficialidad. Dejarlas que vivan tal como nacen es prueba de probidad intelectual, como asimismo de que el cerebro de que salen no está paralizado, antes bien en perpetuo sallo dinámico.

Sin fin de problemas, y de matices de problemas, son abordados por Mella en los trabajos que se reúnen en esta obra. Y todos con novedad, en el fondo y en la forma. En España, el libertarismo no tuvo nunca pluma mejor cortada. Quizá influya esto para aquel desconocimiento a que hemos hecho mención.

A veces molesta, a los comentadores, encontrar más riqueza de ideas que la que ellos poseen, en aquello que han de comentar. Y callan.

También ha sufrido Mella de la incompreensión de muchos de sus lectores. No por dificultad de él en explicarse. Sí por cerrazón mental de quienes le leían.

En *Ideario* se reproducen algunos de los trabajos más incomprensidos. Trabajos de valor duradero, pues que fueron hijos de pasión contra errores que iban creciendo, estúpidamente, entre aquellos para quienes escribía. Fueron recibidos estos trabajos con escándalo. Señal cierta de que no eran anodinos. Quizá ahora se comprendan mejor. Si así no es, tanto peor para los incomprensivos.

Este libro de Mella no es sólo recomendable a los libertarios. Todas las personas que se preocupen de los problemas más agudos en que la humanidad se debate, deben leerlo. Encontrarán en él esfuerzos admirables por hallar una salida para esos problemas. Esfuerzos trabajados, ponderados, apasionados. Nunca superficiales. En todo momento, una seriedad filosófica preside su labor. El tono literario es, también constantemente, digno, de expresión feliz y certera. Unos granos de escepticismo, atravesados hasta en las páginas más optimistas, realzan en gran manera el valor de la obra total. La actitud de plena seguridad revelarían ignorancia. No cae nunca Mella en este callejón sin salida. Afirmaciones de hombre de acción, sí, pero con una nota, escondida muchas veces, en la que el pensamiento pone freno a la actitud demasiado segura. No son fáciles de recorrer los caminos de grandes propósitos. Si alguna vez, de un salto, se coloca en el final, luego medita las dificultades de este salto, sólo factible con el pensamiento. Doblemente sugeridores, por esto, sus trabajos. Dan la lección completa. Afirmativos nada más, no darían ninguna lección valedera. Y la lección está preñada de simpatía, que es como las lecciones dan fruto.

Ideario es el primer volumen de las obras completas del autor. Si el propósito de los editores se cumple, Mella será, por fin, conocido realmente y como se merece.

El libro está editado con gusto y con un criterio de selección digno de elogio. No se habían visto muchos libros, en España, editados por libertarios, como *Ideario*. Ricardo Mella era acreedor a este homenaje, el más íntimo de todos y el más acorde con su vida y su pensamiento.

DIONISYOS



Delegaciones y puntos en que se vende VERBA

En España

Alava.—*Vitoria.*—Doña Marcela Alonso; Plaza de Bilbao.

Albacete.—D. F. del Campo Aguilar; Serrano Alcázar, 4.

Albacete.—*Almansa.*—D. Pedro Martínez.

Alicante.—D. José Irles Negro.

Barcelona.—Central Repartidora; Ciegos de la Boquería.

Cáceres.—D. Joaquín Criado Romero; Postigo, 3, 2.º.

Cádiz.—García Castellón, San Francisco, 31

Cádiz.—*Jerez de la Frontera.*—D. Domingo Beas Alvarez; Molineros, 7, y D. Miguel Gerner; Duque de Almodóvar.

Canarias.—*Las Palmas.*—D. Enrique Ramón Catalán; Canalejas, 37.

Canarias.—*Santa Cruz de Tenerife.*—don Francisco Martínez Viera; Alfonso XIII, 68.

Castellón.—D. José Castelló y Arroyo.

Córdoba.—Juan Font Naves; S. Fernando, 34

Coruña.—D. Miguel Taboada Bayolo; Cuesta de San Agustín, 16.

Coruña.—*Santiago.*—Sres. Cimadevilla y Porto.

Gerona.—*Port Bou.*—D. E. San Cristóbal, Pozo, 3.

Granada.—*Nicolás.*—Ramiro Rico; Arriola, 4, 2.º

Guadalajara.—D. Luis Martín; Miguel Fluiters, 39.

Guipúzcoa.—*San Sebastián.*—D. Matías Barba Cañas; Vergara, 9.

Jaén.—D. Ramón Pardiñas Trujillo.

Málaga.—Enrique Rivas Beltán; Marqués de Larios, 2.

Murcia.—José M.ª Romero; Príncipe Alfonso, 62.

Murcia.—*Cartagena.*—D. Joaquín Moncada Moreno; Plaza San Ginés, 1.

Salamanca.—Sra. Viuda de Leonardo Pedraz; Doctor Riesco, 92, principal.

Santander.—D. Vicente Rasilla; 1.º de Mayo, 16.

Sevilla.—Viuda de Tomás Sanz; Sierpes, 90

Tarragona.—D. Pedro González López; Plaza del Pallol, 5.

Toledo.—D. Ramón Garrido; Plaza Zocodover, 44.

Valencia.—D. A. Tarín Sales; Cuarte, 54.

Valencia.—*Játiva.*—D. Eduardo Morales.

Valladolid.—D. Alejo Montero; Ferrari, 4 y 6.

Vizcaya.—*Bilbao.*—D. Manuel Miñambres; Gran Vía, 6.

Zamora.—D. Victoriano José Velasco y don Alfonso Ramírez.

Zaragoza.—Cecilio Gasca; Coso, 31.

EN AMÉRICA

Argentina.—*Buenos Aires.*—D. Antonio Manzanera; Independencia, 856.

Argentina.—*Rosario.*—D. Ricardo Sopena.

Bolivia.—*La Paz.*—Sres. Flores San Román y Compañía; Plaza Murillo.

Colombia.—*Bogotá.*—Sres. Concha y Michelsen.

Colombia.—*Medellín.*—D. Antonio J. Cano.

Costa Rica.—*San José.*—Sres. Trejos Hermanos, y Sres. Sauter y Compañía.

Cuba.—*Habana.*—D. Valentín García; Obispo, 110.

Chile.—*Santiago.*—Sres. Francisco Marín y Compañía; V. Mackenna, y Sres. E. Zamorano; calle Compañía, 1.015.

Chile.—*Valparaíso.*—D. Marcial Loredó; Victoria, 900.

Ecuador.—*Guayaquil.*—Sres. Janer y C.ª.

Ecuador.—*Quito.*—D. Antonio Lucio Paredes.

México.—D. Rito Esteban; Humboldt, 30.

Panamá.—Sres. Preciado y Compañía.

San Salvador.—Librería Universal, y señores Mata y Centel.

Uruguay.—*Montevideo.*—Sres. Luis y Manuel Pérez; 25 de Mayo, 483, y D. Maximino García; Sarandi, 477/81.

Imp. MINERVA antes «El Noroeste»
=== Linares Rivas, 24.—GIJÓN ===